

SERIE ARCONTES
-ESPECIAL NAVIDAD-

MI GUÍA EN LA ETERNIDAD

KELLY DREAMS



SERIE ARCONTES
-ESPECIAL NAVIDAD-

MI GUÍA EN LA ETERNIDAD

KELLY DREAMS

MI GUÍA EN LA ETERNIDAD

-Especial Navidad-

Kelly Dreams

(Serie Arcontes 2.5)

COPYRIGHT

MI GUÍA EN LA ETERNIDAD

—Especial Navidad—

Serie Arcontes 2.5

© 1ª edición 2020

© Kelly Dreams

Imagen de portada: © <https://stock.adobe.com/es/>

Diseño y maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del copyright.

DEDICATORIA

*A todas las lectoras que habéis llegado al mundo Arcontes y habéis decidido quedaros en él.
Esta novela es para vosotras.*

SINOPSIS

Cuando las primeras nieves caen sobre la ciudad de Budapest, la recién nombrada *Reina de los Arcontes* se da cuenta de que serán las primeras Navidades que pasará en su nuevo hogar. Si un año atrás solo había tenido que preocuparse por recordarle a su padre que no faltase a la cena de *Nochebuena* y llevar la agenda política de la *Alianza*, este tendría que ser un poco más creativa, sobre todo si espera reunir a todos los miembros de la *Corte Arconte* alrededor de una mesa en *Navidad*.

Con una nueva vida apenas dando comienzo para algunos y la sombra de un incierto destino para otros, la gran familia Arconte deberá poner en orden sus prioridades para avanzar hacia el futuro que les aguarda.

Traiciones navideñas, el deseo de reunirse en familia y un nuevo futuro aguarda a los habitantes de la *Corte Arconte*.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)
[DEDICATORIA](#)
[SINOPSIS](#)
[ÍNDICE](#)
[GLOSARIO](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)

GLOSARIO

Alianza de la Humanidad: Organismo que se constituye después de la firma del tratado para la recuperación y salvaguarda de la raza humana.

Alta Dama: Título que ostentan las hembras de la familia real de la Corte Umbra.

Argely, Casta: Una de las cuatro castas sobrenaturales, se caracteriza por su amplia extensión colonizada y por ser la más cercana a la humanidad. Su territorio abarca principalmente Canadá, América del Norte y parte de América del Sur, teniendo su sede en el *Monte Michell*, en las montañas Apalaches. El General Dasan es su máximo dirigente.

Bacchanalia: Sociedad Secreta cuyos miembros son practicantes de *Hechicería Oscura*.

Basárides: Mujeres elegidas por los miembros de la *Sociedad Bacchanalia* para formar parte de sus rituales.

Bastión Arconte: Sede principal de la *Corte Arconte*, formada por un complejo de edificios entre los que se encuentra el *Palacio de Sangre*, el *Bastión de los Pescadores* y la *Catedral de Sangre*.

Biblioteca del Palacio de Sangre: Uno de los edificios que conforman el *Bastión Arconte*, guarda en su interior infinidad de libros y manuscritos que han sido recopilados a lo largo del tiempo por la raza arconte, entre otras. Su acceso es restringido, se requiere de invitación para traspasar sus puertas y hacer uso de sus instalaciones.

Catedral de Piedra: Lugar sagrado en el que suelen desposarse los reyes de los Arcontes.

Catedral de Sangre: Iglesia que se encuentra en el interior del *Bastión de los Pescadores*.

Casas de sangre: Familias humanas descendientes de la *Primera Hembra de Sangre*.

Círculo Interior: Es la zona más privada del *Palacio de Sangre*. En su interior se encuentran las dependencias de la *Guardia Arconte* y de la *Primera Familia Arconte*.

Colonias Humanas: Tras la *Gran Guerra*, los supervivientes de la raza humana se establecieron en Colonias, las cuales están regidas por Gobernadores elegidos por votación popular.

Consejo de Venerables: Son el órgano dirigente de la *Alianza* de la Humanidad, los que imponen las leyes y ven que estas se cumplan. Responden únicamente ante el Rey de los Arcontes.

Contrato de Sangre: Acuerdo por el que libremente, un humano acepta entregar su vida a un arconte.

Corona de Sangre: Tiara de azabache y rubíes destinada a la Reina de los Arcontes.

Corte de Sangre: También conocida como «Corte Oscura», es otra forma de llamar a la *Corte Arconte*.

Corte Nocturna: También conocida como «Corte Umbra» o «Corte de las Sombras».

Crisol Rojo: Antigua hermandad arconte que representa la supremacía de su raza frente a otras. Para sus miembros, la humanidad no es otra cosa que siervos y ganado.

Cuorum: Templo que nació a raíz de la *Gran Guerra* para velar a los caídos.

División de Castas: División especial dentro de la Policía humana que se encarga de los casos en las que las víctimas pertenecen a alguna de las *Razas Sobrenaturales*.

Derecho de sangre: Derecho establecido durante la redacción del *Contrato de Sangre* por el que un humano tiene libertad de elección para ceder o no su «sangre» a un Arconte.

Diplomático de la corte: Persona asignada por su gobierno para servir de enlace diplomático con

el resto de las castas. Suele encargarse de los aspectos políticos y de las relaciones internacionales de su corte.

Embajador/a de la Alianza: Cuerpo diplomático de la *Alianza de la Humanidad* que se encarga de los aspectos políticos y de las relaciones internacionales.

Elección de Sangre Real: Derecho por el cual el rey puede elegir una consorte de manera directa e inmediata, sin la necesidad de que dicha elección sea sometida a valoración o votación por otros miembros de la corte. Una vez realizada la elección, esta se mantendrá hasta la muerte de la consorte.

El Heim: Hogar de la familia real Umbra, se encuentra en el corazón del *Palacio de Sombras*.

El Tratado: Acuerdo firmado por los representantes de las castas sobrenaturales y el de la raza humana, tras el fin de la *Gran Guerra*, para la protección y continuidad de la raza humana. En él se recogen una serie de normas y leyes comunes que deben ser acatadas por cada una de las castas firmantes.

Esclavo de Sangre: Humano al que se le obliga a contraer un contrato de sangre sin dar su consentimiento, quedando vinculado a su «*maestro de sangre*» hasta el final de su servicio o la muerte de su señor. Este es un crimen penado por la ley Arconte.

Fuente del Penitente: Piscinas termales ocultas en el corazón de Rumanía. Su emplazamiento solo es conocido por el rey Arconte y su guardia.

Fødselsattest: *Escrito de Nacimiento* que redacta *La Odinia* con cada nacimiento de la *Familia Real Umbra* en la que queda registrado el camino de la vida de su propietario.

Gremio de Sangre: Sociedad humana pro-Arcontes que promueve la tolerancia y hermandad entre ambas razas. Sus integrantes suelen ser voluntarios que ceden el «*contrato de sangre*» a los Arcontes con los que establecen algún vínculo.

Gobernadores: Dirigente al frente de una Colonia Humana.

Guardia Arconte: Cuerpo de élite de la raza Arconte y guardia personal de la familia real, entre ellos se encuentran también los consejeros privados del rey.

Inimà Munte: Se cree que es el lugar de origen de la raza Arconte.

Jardín de Piedra: Jardín privado excavado en lo más profundo del *Círculo Interior* del *Palacio de Sangre* y que forma parte de las dependencias privadas de los monarcas de la *Corte Arconte*.

La Fortaleza Umbra: Sede principal de la *Corte Umbra*, formada por un complejo de edificios entre los que se encuentra el *Palacio de Sombras*.

Lainen: Término masculino para referirse a los «compañeros» vinculados de cualquier miembro de la familia real Umbra, que no ostentan el cargo de «consorte».

Lainen Primus: *Lainen* vinculado de manera oficial como «compañero» de uno o los dos miembros que componen un *Sirkel* en la familia real Umbra.

La Gran Guerra: Contienda bélica propiciada por la humanidad contra los Arcontes, en la que se vieron inmersas también otras castas sobrenaturales y que casi lleva a la extinción mundial de la raza humana.

La Odinia: Guía espiritual de la *Casta Umbra*, es también la encargada de redactar los *Escritos de Nacimiento* de la familia real.

Lineage: Clase social que nace después de la *Gran Guerra* y que engloba a las familias más poderosas e influyentes de la raza humana.

Maestro de sangre: Arconte que posee un *Esclavo de Sangre*.

Maestro de Sombras: Miembro de la *Guardia Arconte*. El diplomático de la corte, Sorin Dragolea, tiene la habilidad de mimetizarse y utilizar las sombras a su antojo, proveyéndole de una eficaz cobertura de camuflaje, así como de medio de transporte.

Maestro de tormentas: Miembro de la *Guardia Arconte*, el general de la corte, Dalca Kouros, tiene el dominio absoluto sobre los efectos meteorológicos, pudiendo controlar ciertas partes del clima a su antojo.

Magas Kör: Es la alta clase social de la *Corte Arconte*, engloba a las familias más antiguas de

sangre pura.

Noche de las Basárides: Celebración de carácter mensual de la *Sociedad Bacchanalia* en la que son presentadas las nuevas candidatas a *Basárides* y en la que se realizan los grandes rituales.

Ordinul Dragonului: La *Orden del Dragón* fue una orden militar de caballeros, por lo general integrada por nobles y príncipes, de la que empieza a oírse hacia finales de la Edad Media. Sus miembros, *los Draconianos*, son reconocidos por portar el signo o la efigie del dragón inscrita dentro de un círculo, con la cola enroscada al cuello y dividiendo el centro de la espalda a lo largo de todo su cuerpo, una cruz de sangre.

Ordinis Crucis: Extinta Orden de la humanidad. Su misión en la vida era exterminar a los Arcontes, a quienes consideraban siervos del diablo.

Pactado/a: Cada uno de los miembros que intervienen en un «*Contrato de Sangre*».

Palacio de Sangre: Sede política y vivienda principal del Rey de los Arcontes, está situado en Budapest, Hungría.

Palacio de Sombras: Sede política y vivienda principal de la Corte Umbra, está situado en Praga, República Checa.

Pasados: Humanos que se vuelven dependientes de los Arcontes y acaban perdiendo su humanidad hasta secar su alma.

Primera Hembra de Sangre: Según los escritos recogidos en la *Gran Biblioteca de Sangre*, sería la primera mujer humana que alimentó con su sangre a la oscuridad y dio origen a la raza Arconte.

Primera Familia: Dentro de cada una de las castas sobrenaturales reconocidas, líder o líderes que ostentan el poder absoluto, ya sea mediante monarquía, sucesión o elección.

Primus: Nombre que se le da al alto cargo del *Lineage de la Alianza de la Humanidad*.

Príncipe de las Sombras: Otro de los nombres por el que se conoce al «*Prinsen*» de la Corte Umbra.

Prinsen: Título real por el que se reconoce al príncipe heredero de la Corte Umbra.

Protectorado: Locales humanos en los que se da la confraternización entre razas.

Puerta del Tributo: Puerta que debe atravesar todo aquel que desea someterse al juicio de los penitentes y que lleva a las piscinas de aguas termales.

Sede de la Alianza de la Humanidad: Centro político y de mando de la raza humana ubicado en Londres desde el que se dirigen y coordinan las distintas Colonias Humanas existentes en el mundo. También hospeda el *Consejo*.

Sed de Vida: Se denomina así a la necesidad de los Arcontes de ingerir sangre humana para sobrevivir.

Señora de las Sombras: Título por el que se conoce a la Reina de los Umbra.

Seura: Término femenino para referirse a las «compañeras» vinculadas de cualquier miembro de la familia real Umbra, que no ostentan el cargo de «consorte».

Seura Prima: *Seura* vinculada de manera oficial como «compañera» de uno o los dos miembros que componen un *Sirkel* en la familia real Umbra.

Sirkel: «Círculo» formado por los miembros vinculados de una *unidad familiar* Umbra.

Străpunge Vălul: Es un don asociado a la raza Umbra por el cual son capaces de traspasar el velo de los sueños y ver el subconsciente del durmiente, así como los recuerdos arraigados a ellos.

Strigoi: Asesinos fantasma que son convocados mediante la *Hechicería Oscura*, por normal general, suelen pertenecer a la Casta *Umbra*.

Țesător: Es como se conoce a los Umbra que dominan el *Străpunge Vălul*.

Umbra, Casta: Una de las cuatro castas sobrenaturales existentes.

Umbral, Raza: Raza sobrenatural nocturna, con una especial afinidad a la oscuridad y a las sombras, las cuales puede comandar o desplegar a su antojo.

Venerables: Título honorífico otorgado a los miembros del *Consejo de Venerables*.

Vergyilkos: Asesino de sangre.

Vida de sangre: Se refiere a la sangre donada por un humano.

Virgen de sangre: Hombre o mujer de raza humana que nunca ha alimentado a un Arconte.

Vrăjitor: Término que se le da a los practicantes de la *Magia Negra*, también conocidos como *Hechiceros Oscuros*.

CAPÍTULO 1

*Círculo Interior.
Bastión Arconte,
Budapest.*

El mundo seguía avanzando, las estaciones continuaban, la vida de aquellos que se movían a su alrededor avanzaba y cambiaba igual que lo hacía la suya propia.

Un año atrás, en estas mismas fechas, solo tenía que preocuparse de recordarle a su padre que no faltase a su cita para cenar, de llevar al día la agenda política de la *Alianza de la Humanidad* y que esta no interrumpiese la suya propia. La búsqueda del vestido adecuado para las distintas recepciones que se sucederían no era más que una excusa banal para ir de tiendas y gastar el dinero de aquellos que querían que la *Embajadora de la Alianza* representase adecuadamente su papel. Sí, estaba acostumbrada a jugar según las reglas de los poderosos, pero en el momento en que acababa su labor, cuando abandonaba las fiestas y volvía a casa o al alojamiento en el que estuviese esos días, volvía a ser Ionela, alguien que, ahora lo sabía, nunca volvería a ser.

Esa etapa de su vida había terminado, la soledad en la que había morado entonces se había extinguido bajo una fría y profunda mirada marrón, una en la que había aprendido a encontrar el calor, a leer la pasión y reconocer el amor que poco a poco había nacido por ella y solo por ella. Ya no volvería a caminar sola, pues ahora tenía a un rey que caminaría a su lado durante toda la eternidad.

Sonrió al pensar en su marido, un hombre que parecía tener tantas capas como una cebolla, alguien que se esforzaba día tras día en abrirse a ella, en comprender su proceder, aun cuando existían ocasiones en las que admitía abiertamente no saber por dónde iban sus procesos mentales. Encontrarse, conocerse, aprender a convivir, todo ello formaba parte de aquel proceso de

aprendizaje en el que se habían embarcado juntos por el bien de sus respectivos pueblos, del camino que ambos decidieron recorrer y en el que estaban empezando a descubrirse mutuamente como algo más que el *Rey Arconte* y la irreverente humana a la que había tomado como compañera de vida.

De algún modo era como si Razvan siempre hubiese estado destinado a ella, como si él siempre hubiese estado esperando a que naciera para poder conocer a la que sería la mujer de su vida, la única que podría penetrar esa dura coraza y ganarse poco a poco su corazón, del mismo modo que él ya se había ganado el suyo.

Había sido tan extraño e inesperado enamorarse de ese hombre, pero no había podido evitarlo, del mismo modo que no podía ni quería evitar amarle más y más con cada día que pasaba, con cada faceta que descubría, pues en muchos aspectos, su rey parecía un niño viendo el mundo que lo rodeaba por primera vez.

«*Palomitas*».

Una risita se le escapó de entre los labios al recordar el pasado episodio, volvió la mirada hacia el cómodo sofá que había instalado en su suite, tras convertir la habitación de la reina en algo similar a una sala audiovisual y biblioteca privada, en la que podía pasar tiempo con sus damas y consejeras o disfrutar de una sesión de cine con su arconte.

Tenía que admitir que ver una película con Razvan había sido una experiencia divertida, sensual, pero sobre todo, enternecedora. Nunca había pensado en la cantidad de cosas a las que ese hombre había tenido que renunciar por ser quién era. El peso que había descansado sobre sus hombros desde muy temprana edad y todo lo que había tenido que sacrificar para sacar adelante a su pueblo, le habían endurecido y convertido en alguien solitario, así que la idea de sentarse junto a ella y hacer algo tan inocuo como ver una película, lo descolocó por completo.

Empujar a alguien de la envergadura de su marido y hacerlo caer sentado en el sofá, no era algo que pudiese hacer sin ayuda, pero ya fuese por el inesperado asalto, la curiosidad o su voluntad de complacerla, se dejó hacer y mostró su abierta sorpresa cuando le puso un cubo de palomitas recién hechas entre las manos.

—Una peli y palomitas. —Le había dicho dejándose caer a su lado y encender el televisor con el mando a distancia—. Este es uno de los pequeños placeres de la vida, así que... disfrútalo.

Su expresión contenía tal cantidad de escepticismo que le fue imposible no echarse a reír.

—Prometo que no duele, arconte. —Sonrió acurrucándose contra él, adoptando una postura cómoda y familiar que le permitía estar en contacto directo con él y con el bol de palomitas—. Puede que incluso te resulte agradable y divertido; es una película de acción.

Sentir como su cuerpo se relajaba contra el suyo y la rodeaba con el brazo, manteniéndola cerca, fue un regalo en sí mismo, una cesión más que hacía para complacerla.

—¿Así que *este* es el asunto ineludible por el que hiciste que terminase antes con la reunión

del consejo.

Todavía recordaba cómo había levantado la cabeza para encontrarse con sus ojos antes de darle una respuesta.

—La *Corte Arconte* no se desintegrará porque su rey se tome unas horas libres al final de toda su jornada para disfrutar de la compañía de su reina. Así que, a menos que llamen a nuestra puerta para decirnos que una manada de lobos en zapatillas y con mochilas están intentando asaltar el Bastión, no te moverás de mi lado, majestad.

—*Lobos en zapatillas y con mochilas asaltando el Bastión.* —Había repetido con un tono de voz que empezaba a pasar de la sorpresa al sarcasmo y de este a la diversión—. No sé si la idea me produce escalofríos o curiosidad ante tan... improbable posibilidad, mi reina.

—Olvídate de eso, va a empezar la película.

Había sido un momento solo para los dos, una oportunidad de acercarse un poco más y aceptar el regalo que el destino les hizo al emparejarlos; uno de los muchos que sabía todavía estaban por llegar.

Dejó que el recuerdo se diluyese en su mente y volvió a prestar atención a las cajas diseminadas por la habitación que había traído consigo desde Londres.

Su padre no era de los que hacían limpieza demasiado a menudo, pero las últimas semanas parecía haberse metido de lleno en ello. No conocía el motivo, pero con el profesor Franklin era imposible saberlo, sus procesos mentales eran tan rápidos e impredecibles como un temporal. Así que cuando esa misma mañana recibió una llamada suya, después de una prolongada ausencia de casi un mes, le sorprendió que hiciese referencia a las pertenencias de su madre, las cuales ella había heredado y que todavía permanecían en la casa paterna.

Algunas habían sido traídas en los últimos meses al Bastión, pequeños muebles u objetos a los que estaba apegada y que siempre pensó que decorarían su propia casa, cuando la tuviese. Pero todavía quedaban cosas, muchas de las cuales sabía que tendría que tirar pues ya habían terminado su vida útil, así como otros recuerdos estacionales, pequeños objetos que llevaba guardando desde niña y que contenían los recuerdos de momentos compartidos con la mujer que le había dado la vida, pedazos de su niñez que la habían acompañado a lo largo de su vida.

—...probablemente habría quedado olvidada en una esquina si no me hubiese puesto a buscar ese dichoso volumen. —Le había dicho su padre.

Por algún motivo que desconocía y que el hombre guardaba para sí, el arrebató de limpieza tenía mucho más que ver con la búsqueda de uno de sus preciados libros, que con el hecho de deshacerse de cajas y cajas de recuerdos en los que no había vuelto a pensar. Pese a todo, ese impulso había sacado a la luz la vieja maleta de cuero en la que su madre siempre había guardado los adornos que siempre hacía para Navidad, los mismos con los que solía vestir la casa familiar en cada festividad invernal que habían pasado los dos solos hasta ahora.

—Recuerdo que me preguntaste por ella la última vez que viniste a recoger algunas cosas, pero no ha sido hasta ahora que la he encontrado. —Admitió risueño—. Supongo que tu madre ha creído que este era el momento adecuado para que volviese a ti.

Él siempre la había tenido presente en sus vidas, a pesar del dolor que debía suponerle el haber perdido a su otra mitad, nunca había permitido que su hija creciese sin el recuerdo de su madre, así que se había encargado de tener siempre su foto presente y de hablarle de ella cada vez que le preguntaba por la mujer con la que se había casado, aquella con la que formó una familia y que, como siempre le decía, la había querido más que a su propia vida.

—O que era hora de que volviese a casa, aunque fuese de visita, para ver que todavía sigues respirando y no has quedado soterrado bajo un montón de libros. —replicó con un resoplido al tiempo que deseaba poder estar en ese preciso instante en Londres, para poder mirarle a la cara mientras hablaban—. ¿Qué has estado haciendo este último mes? He sido incapaz de localizarte».

Y, si bien eso no era extraño, sí lo era el que su marido pareciese saber a dónde había ido el *Profesor Franklin* y el motivo de ese prolongado silencio. Fuese lo que fuese en lo que estuviese metido su padre, su marido estaba al tanto de ello y, en su opinión, no había nada de lo que preocuparse.

Razvan era un hombre lleno de secretos, un verdadero enigma en sí mismo, pero no había llegado hasta aquí para desconfiar de él o pedirle que le contase algo que no quería contar. En lo más profundo de sí misma sabía que el *Rey de los Arcontes* jamás le haría daño de manera consciente, nunca dejaría que aquellos que eran importantes para ella sufriesen y mucho menos el hombre al que siempre había tenido en alta estima y a quién consideraba un querido amigo.

Sin duda, la lealtad que su padre profesaba a su marido iba mucho más allá del deber. Le había escuchado hablar del vampiro con respeto e incluso afecto desde que era una niña, así que el que ahora además de su amigo de tantos años fuese también su yerno, era sin duda algo que complacía enormemente al hombre.

—Viajar, algo que llevaba tiempo sin hacer —respondió sincero—. He estado siguiéndole la pista a un viejo manuscrito, aquel viejo libro de tapas doradas que tu madre vio una vez en uno de los bazares de Marruecos....

Enarcó una ceja a pesar de que él no podría ver siquiera su expresión.

—¿Has estado en Marruecos?

—En Marruecos, Egipto y finalmente Portugal —enumeró y ella no había podido hacer otra cosa que apartar el teléfono de la oreja y mirar el aparato cómo si pudiese ver la cara de satisfacción de su padre reflejado en ella—. Pero creo que ya estoy cerca.

Se llevó los dedos al puente de la nariz y sacudió la cabeza.

Cuando su padre se embarcaba en una de esas búsquedas de libros polvorientos, podía olvidarse incluso de comer, así que el que no se hubiese comunicado antes con ella, ahora tenía

incluso más sentido.

—Espero que no se te ocurra marcharte otra vez en las próximas semanas, porque soy capaz de mandar a toda la maldita guardia del Bastión en tu búsqueda, solo para tenerte sentado a la mesa en Navidad.

Su risa había resonado al otro lado del teléfono y, de algún modo, aquello la hizo sonreír a su vez.

—Sí, sé bien que lo harías, querida —admitió risueño. Entonces continuó—. Bajaré las cajas de las que te he hablado, envía a alguien a buscarlas y...

—Olvídalo, iré yo misma a por ellas —lo interrumpió. Tras ver las condiciones en las que había llegado el último envío, no quería que ningún manazas de la corte pusiera sus zarpas encima de un solo mueble y ya no digamos cajas pequeñas, con objetos frágiles y fácilmente rompibles. Sería como dejar que un elefante campase a sus anchas por una cacharrería con patines en línea—. ¿Qué te parece si hoy comemos juntos?

—¿Tienes tiempo para eso?

La pregunta le provocó una punzada. Su nuevo cargo la mantenía ocupada buena parte del día, cuando no estaba en una audiencia en la que debía comparecer junto al rey o en una reunión con los *Venerables de la Alianza*, asistía a las del propio *Consejo Arconte* o se encerraba en la biblioteca con Boran, para continuar formándose sobre las leyes y el funcionamiento del mundo Arconte.

Además, tras la reciente alianza con la *Ordinis Crucis*, había tenido que reunirse en varias ocasiones con Evander, el *Maestre de la Orden*, para establecer las medidas y darles curso de modo que la ayuda prometida empezase a llegar a los humanos que las necesitaban.

El tiempo parecía escaso en esos días, pues incluso su *Maestro de Sombras* permanecía todavía en la *Corte Umbra* para cerciorarse de que los recientes acontecimientos en Praga hubiesen sido finalmente solventados y su recién adquirida esposa pudiese disfrutar de algo de tiempo junto al hermano al que había buscado durante tantos años.

—Si no lo tengo, lo haré —admitió sabiendo que necesitaba un respiro y volver, aunque solo fuese por unas pocas horas, a ser solamente Ionela—. Después de la última discusión que he mantenido con los *Venerables*, me merezco un breve descanso.

—¿Han vuelto a poner pegas? —Su tono adquirió una mayor seriedad, comprendiendo que el tema ya no era tan ligero.

—Me preocuparía que no lo hicieran, la verdad —admitió con un suspiro—. Pero empiezo a cansarme de hablar con alguien que es incapaz de ver más allá de su propia nariz.

Dejó escapar un profundo suspiro y añadió en total confianza, pues era algo que ya había hablado con Razvan días atrás.

—El *Consejo de Venerables* necesita sangre nueva. Es necesario llevar a cabo una

renovación para que podamos seguir adelante con esta nueva alianza —admitió seria—. Y no es lo único. El *Lineage* debería haber presentado ya un nuevo *Primus*, pero se están tomando su tiempo... Empiezo a sospechar que lo hacen a propósito, para obligarme a nombrar a alguien en su lugar y rechazarlo en la votación.

—¿Y el Rey qué opina al respecto?

—Que yo soy su reina, que es su deber obedecer mis órdenes y que si no lo hacen, debo mostrarme inflexible y... ¡*Boom!* —terminó con un sonoro estallido—. Lo que en palabras de Razvan, sería algo como «*obedece o muere*». Aunque tentador, lo encuentro un poco drástico, así que estoy intentando pensar en otras posibilidades, en una visión menos... arconte.

—Tienes a una miembro del *Lineage* como consejera, una con una visión muy humana —le recordó—. Apóyate en quién tienes alrededor, Ionela, este no es un camino por el que debas transitar sola.

Y mientras escuchaba las palabras de su padre, estas adquirieron el tono de su marido, pues fue algo que él mismo dijo al hacerle partícipe de sus preocupaciones.

Beatrix Coulter había consentido en ser una de sus damas después de la coronación. La mujer no había estado muy segura de aceptar el cargo, pues lo único que deseaba era continuar con su vida dónde la había dejado antes de que fuese prácticamente secuestrada y coaccionada a participar en el plan de Lord Belford para obtener una posición de poder dentro de la *Corte Arconte*. Pero el hecho de que su medio hermano, uno de los jóvenes arcontes que había escapado a la masacre de Brasov, estuviese ahora en el Bastión y que su protegida, la dulce e inocente Keira estuviese recibiendo una educación y cuidados adecuados a su condición, lograron que la mujer le diese una oportunidad a la alianza que se había creado con su ascensión al trono.

En los últimos meses había tenido oportunidad de tratar con ella, encontró a una mujer que sabía lo que quería, alguien con una visión del mundo muy similar a la suya propia y con una valentía admirable. La profesora no solo podía ser una gran aliada y consejera, sino también una amiga, alguien que, por la misma condición humana que ella misma tenía, sabría muy bien lo que significaba formar parte de ese mundo de sangre y oscuridad en la que se había sumergido.

Sí, si había alguien que pudiese ayudarla a encontrar una vía de salida en aquel interminable túnel de dudas, era ella.

—Y estas son las cosas por las que tendríamos que vernos más seguido, papá —comentó entonces en voz alta—. A menudo tienes las respuestas de las que yo carezco.

—Paso a paso, querida, lo más difícil ya lo has hecho, ahora, solo es cuestión de caminar —le aseguró—. Y nunca olvides que siempre tendrás a alguien que estará a tu lado en cada paso que des.

Sí, así era.

—Pide algo para llevar a esa taberna que tanto me gusta —pidió modosa—. Tanto como

disfruto de la comida de Emese, necesito algo que me devuelva a mis raíces y me permita dejar de ser «la reina» durante un rato y ser solamente tu hija.

—Te vistas de seda o de harapos, lleves una corona de luz o una diadema de flores, siempre serás mi hija, Ionela.

Escuchar esas palabras era todo lo que necesitaba para recordar quién era en realidad, quién había sido y quién sería siempre.

—Gracias, *apa*^[1] —musitó con suavidad en su idioma natal—. Nos vemos en unas horas.

Sí, aquella conversación había sido el detonante para una visita fugaz, una por la que había tenido que pelear con uñas y dientes, pero cada minuto que podía disfrutar de la compañía de su progenitor merecía la pena.

Casi sin pensar deslizó la mirada hacia la puerta cerrada de la suite, a su izquierda descansaban las dos últimas cajas que su «*guardia personal*» había dejado caer con un profundo bufido y la amenaza de lanzar cualquier otro cargamento extramuros si tenía que dar un solo paso más para recoger sus «chucherías». Quiso retener la sonrisa que pugnaba por tirar de la comisura de sus labios, pero no lo consiguió, en el fondo, el arconte que hacía guardia al otro lado de su puerta, le caía bien.

Cadegan Macoy era un soldado, un guerrero y se notaba en su forma de caminar, de permanecer inmóvil e incluso de enfrentarse a ella; su reina. Pero en muchos aspectos también era alguien dispuesto a fustigarse a sí mismo, a castigarse por algo que solo él parecía comprender y que cada vez estaba más convencida de que tenía que ver con ella.

No sabía por qué, pero cada vez que él se ponía en modo desafiante, la ironía brotaba sola de su boca, así que no era sorprendente que lo primero que le hubiese dicho esa mañana, después de colgar el teléfono, cambiarse de ropa y abrir la puerta fuese:

—Cadegan, ponte algo que no diga «*soy un capullo arrogante y odio tus intestinos*», necesito que me lleves a Londres.

Su lenguaje corporal era mejor comunicante que su propia voz, la manera en la que se tensó y giró hacia ella, le dijo mucho más que cualquier puñado de palabras que pudiese haber elegido en ese momento. Sus ojos se encontraron con los suyos buscando sin duda descifrar si hablaba en serio o era otra manera de incordiarle.

Ese hombre era un enigma en sí mismo. Se esforzaba en ser insultante e incluso pedante, parecía darle todo igual, pero al mismo tiempo cumplía con la única orden dada por su monarca, el mismo al que había traicionado contraviniendo sus órdenes en el pasado.

Cadegan había formado parte de la *Guardia Arconte*, el cuerpo de élite más próximo al rey, pero aquellos días se habían esfumado bajo el peso de la traición, el rencor y una necesidad de venganza hacia la humanidad que había herido a los suyos. Su sentencia estaba clara desde el

principio y el que hubiese atendado directamente contra el Bastión no había hecho otra cosa que precipitar las cosas.

Ionela no le recordaba. Cuando bajó a aquella celda y se vieron por primera vez cara a cara, no reconoció el rostro del hombre que casi había acabado con la vida de una niña de cuatro años que había aparecido, todavía no sabían cómo, en medio del fragor de la batalla, pero sí vio el reconocimiento en sus ojos, una mezcla de sorpresa y alivio, así como una indescifrable emoción que desapareció bajo las primeras palabras que emergieron de su boca.

«¿Se han vuelto tan débiles los Arcontes que ahora envían a una niña humana a hacer su trabajo?». Había dicho, mirándola con efectivo desdén. *«Supongo que, después de todo, se trata de justicia poética»*.

Ese hombre había estado preparado para morir, sabía que volviendo a territorio arconte estaba pidiendo a gritos la sentencia de muerte a la que había sido condenado si vulneraba el destierro, pero para lo que no lo estaba era para vivir y hacerlo bajo el perdón de una criatura que consideraba no solo inferior, sino la raíz del declive de su propia raza.

Se negó a aceptar la rendición del arconte, algo dentro de ella se revolvió ante la idea de su muerte, ante la tranquila aceptación con la que él estaba dispuesto a abrazarla y le arrebató toda posibilidad de escapar al convertir sus palabras de aquella noche en una orden real.

«Hace veinticinco años estuviste a punto de quitarme la vida. No sé si fue consciente o inconscientemente, pero al levantar tu espada activaste el destino que pondría fin a la guerra y que nos traería de nuevo a ambos a este mismo momento». Recordaba lo que había salido exactamente de su boca, pues había sido como si siempre hubiesen estado allí, esperando a ser pronunciadas. *«Ni yo debía morir entonces, ni tú lo harás ahora. Seguirás viviendo, Cadegan Macoy, mientras yo siga en este mundo, tú también permanecerás en él»*.

No olvidaría jamás el impacto que habían tenido sus palabras en él, la manera en que sus ojos brillaron, el dolor que asomó en ellos un segundo antes de que se pusiese a gritar y proferir insultos, el instante en que supo que el infierno en el que había estado viviendo esos últimos veinticinco años no llegaría a su fin, sino que acababa de mudar en algo que, para él, era incluso mucho peor.

Razvan no había estado demasiado complacido con el giro de los acontecimientos, pero no la desautorizó, deseaba que comprendiese que la palabra dada por un monarca era ley y que tendría que aceptar las consecuencias de sus actos aún si estos la llevaban a compartir los pecados de aquellos a los que decidiera indultar.

«Desde este instante, el destino de Cadegan estará en tus manos», le había dicho su marido, *«tu vida será la suya, si te ocurre algo, él morirá»*.

Así pues, el insurrecto arconte se había convertido, muy a su pesar, en el guardián de aquella que representaba lo que más odiaba; la raza humana. Se había visto obligado a jurar que

sería su espada y su escudo, pero, como solía recordarle en cada ocasión que tenía, el mantenerla con vida no quería decir que tuviese que gustarle o ser amable con ella.

Su salida de las mazmorras y la nueva tarea impuesta causó un gran revuelo entre algunos de los miembros de la *Guardia Arconte*, no todos estaban dispuestos a dejar la seguridad de la nueva reina en manos de alguien que había incursionado en palacio dispuesto a acabar con el rey y con ella misma. Sin embargo, ese no era el único motivo y lo sabía, después de todo, los miembros de la Guardia guardaban profundos lazos entre sí, había visto la afinidad que tenían unos con otros, la forma en la que se cubrían las espaldas, en que cuidaban unos de otros e intuía que la traición del antiguo miembro de su hermandad podía ser algo difícil de olvidar.

Ahora que lo pensaba, nunca había visto a Cadegan acercarse a ellos, de hecho, cuando no estaba junto a ella o encerrado en la habitación que se le había asignado en el ala de invitados del *Círculo Interior*, estaba solo. Evitaba cualquier tipo de contacto, si alguna palabra salía de su boca, no era precisamente amable, lo cual tampoco ayudaba a que hiciese amigos. Ese hombre buscaba la soledad y huía de todo aquello que pudiese darle una muestra de que, en lo más profundo de sí mismo, pudiese estar equivocado.

Era un soldado, uno de la vieja escuela y no doblaría la rodilla por nadie, no se disculparía por nada, no cuando creía firmemente que sus actos habían estado justificados de algún modo.

—No se me ha notificado que tuvieseis que salir hoy del Bastión —replicó con su usual seriedad.

—Acabo de decidirlo —le soltó con absoluta tranquilidad—. Necesito ver a mi padre y recoger algunas cosas en su casa...

—Enviad a alguien a buscar lo que necesitéis —replicó con brusquedad—. El Profesor Franklin puede venir él mismo a Palacio...

—Sí, puede, pero soy yo la que va a ir a Londres —sentenció, entonces añadió—. Y como veo que la idea te produce una ferviente ilusión, aprovecharemos para dar un paseo por la ciudad...

—Por encima de mi cadáver.

—No seas dramático, me ha costado mucho mantenerte en el mundo de los vivos.

Gruñó a modo de respuesta.

—No daréis un paso fuera del Bastión sin una notificación oficial que acredite que tenéis permiso para hacerlo —repuso avanzando hacia ella hasta quedarse a pocos centímetros de su posición. La diferencia de altura era considerable, pero ella estaba más que acostumbrada a tratar con el ego del género masculino—. Si queréis jugaros el cuello, allá vos, *majestad*, pero no en mi turno.

Dejó que sus labios se fuesen estirando lentamente hasta formar una perezosa sonrisa.

—Empiezo a caerte bien, ¿verdad?

Su respuesta fue entrecerrar los ojos y tensar la mandíbula; sin duda debía estar apretando los dientes para no insultarla.

—No te preocupes, Cadegan, si lo que quieres es un permiso «oficial», dejaré que sea el rey quién te ponga al tanto de los pormenores de esta visita.

No pudo evitar reír ante el solo recuerdo de aquello y la mirada fulminante que le dedicó en ese momento su guardia personal. El Arconte habría preferido arrancarse los colmillos que llevarla a cualquier lugar, pero era perfectamente consciente de que no podía negarse.

Razvan no había puesto objeciones ante el deseo de visitar a su familia, sabía que necesitaba mantener el contacto, sobre todo después de lo que había ocurrido recientemente en la capital, pero hizo hincapié en debía ir escoltada y, además de Cadegan, le había impuesto a Orión.

El Ejecutor y sus hombres habían estado trabajando sobre la pista que había dejado la presencia de un posible *Vrajitor* en el territorio arconte, lo cual no eran precisamente buenas noticias, sino todo lo contrario. No conocía los detalles, pero dada la inesperada presencia de la muchacha que había llegado con el arconte al Bastión, no le cabía duda de que la cosa era para preocuparse.

Indigo Moon era encantadora, su presencia no era ajena para algunos de los habitantes del *Círculo Interior*, ya que, según le habían explicado, había vivido con anterioridad entre los muros del Bastión.

Había sido Razvan quién la puso al corriente sobre quién era la invidente humana, sobre el asesinato de sus padres y cómo la niña había estado a punto de perder la vida en el proceso. Su marido tenía una deuda de honor con aquel hombre, así que se había encargado de pagar el tratamiento y la medicación de la joven.

Lo que más la sorprendió, sin embargo, era que una criatura tal dulce y cálida como ella fuese la *Pacta* del Ejecutor.

—Hablando de situaciones extrañas... —musitó para sí al tiempo que sacudía la cabeza.

Volvió a centrarse en las cosas que había traído consigo tras pasar buena parte del día con su padre y se concentró en la vieja maleta de cuero gastado que esperaba sobre la cama.

Se sentó con cuidado, cómo si temiese que un solo movimiento brusco rompería el cuero que había sobrevivido a una guerra y los años venideros, abrió los cierres y levantó la tapa dejando que el conocido aroma a rosas y papel le acariciase la nariz.

Allí dentro estaba su infancia, los recuerdos que conservaba de las *Navidades* pasadas en familia y las que siguieron a la ausencia de su madre. Tocó con suavidad los objetos que había en su interior, retiró el papel de seda con la que estaban envueltos para protegerlos del paso del tiempo y extrajo la vieja corona de adviento que había hecho con ella siendo tan solo una niña. La estructura principal era lo que mejor se conservaba, pues las hojas de pino que una vez la adornaron una vez, se habían secado y perdido con el paso de los años, por no hablar de los

adornos originales, que había sustituido en cada festividad, hasta que se volvió demasiado delicada cómo para poder seguir usándola.

En una ocasión intentó reproducirla desde cero, pero era obvio que no poseía el don para las manualidades que tenía ella. El resultado había sido tan lamentable que no tardó en acabar en una bolsa de basura y en el primer contenedor para que nadie pudiese ver la afrenta que había cometido.

Al final acabó por comprar una nueva guirnalda artesana en un mercadillo y la fue adornando en cada nuevo uso con las cintas y objetos de su niñez, encendiendo cada vela en el domingo correspondiente como una manera de mantener su recuerdo vivo e iluminar su eternidad.

Hasta hoy no había fallado un solo año, daba igual dónde estuviese o con quién, cada domingo de adviento volvía a casa para estar con su padre y encender la vela. No quería perder esa tradición, no podía permitir que ese rostro amable y cariñoso se desdibujase más o la perdería para siempre.

«¿Qué ocurre, mi reina?».

Dio un respingo y se llevó la mano a la cabeza al escuchar su voz. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía las mejillas mojadas, estaba tan enfrascada en los recuerdos que pasó por alto el desbordamiento de sus propias emociones.

Respiró profundamente, cerró los ojos y se concentró en buscar esa firme presencia que había empezado a notar en un rincón de su mente, su huella era inconfundible, una oscuridad a la que se sentía irremediabilmente atraída. En el momento en que la reconoció, sintió la fantasmal caricia de sus dedos deslizándose por la mejilla.

«No es nada. Me he puesto sentimental al volver a ver algunos de los objetos que he traído conmigo de Londres. Cosas que pertenecen a mi infancia».

«¿Qué clase de cosas?».

La curiosidad estaba presente en su vínculo, casi podía saborearla.

«Adornos en su gran mayoría. He abierto la maleta dónde siempre guardaba sus tesoros navideños y me he emocionado al verlos de nuevo. Son objetos que hizo para mí o que hicimos juntas antes de que nos dejara».

«Una corona de Adviento». Escuchó alto y claro, sabiendo que posiblemente lo había visto de alguna manera en su mente. *«Es uno de esos rituales humanos basados en vuestras muchas religiones».*

No pudo evitar hacer una mueca ante su tono, era como escuchar a alguien leyendo algo que había escrito en una enciclopedia, restándole cualquier clase de importancia.

«Es mucho más que un ritual, es una tradición que lleva muchos años en mi familia».

Por un momento creyó verle enarcando una ceja, esos ojos marrones suyos valorando sus palabras, intentando encontrarles algún tipo de comprensión.

«En ese caso deberías seguir siendo fiel a ella, no hay nadie que entienda más sobre tradiciones que nosotros, los Arcontes».

«No hace falta que me lo jures, he sufrido cada una de ellas durante nuestros esponsales, ¿recuerdas?».

Lo sintió sonreír y, casi al mismo tiempo, escuchó un ahogado murmullo procedente del otro lado de la puerta.

«¿Qué le has hecho a Cadegan? Empiezo a pensar que prefiere enfrentarse a mi juicio antes que al tuyo, mi reina».

La mención a su guardia personal la llevó a saltar de la cama y dirigirse a la puerta, apenas giró el pomo cuando se encontró con el *Rey de los Arcontes* llenando el umbral.

—No le gusta Londres —replicó en voz alta mientras abría del todo para dejarle entrar. Era casi ridículo hacer aquel gesto, pues el *Señor de los Arcontes* estaba acostumbrado a trasladarse de un lado a otro con un solo pensamiento, provocándole más de un sobresalto—. ¿A qué se debe el milagro de que utilicéis la puerta, *majestad*?

—Estaba por aquí cerca —comentó girándose hacia ella, dedicándole una cálida y muy sensual mirada—, y sentí que estabas perturbada.

La puerta se zafó de su mano, cerrándose sola, mientras él avanzaba hacia ella y resbalaba el dorso de los nudillos por su mejilla.

—¿Qué es lo que te preocupa, Ione?

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás, privándose a sí misma de su contacto, pues su cuerpo estaba más que dispuesto a responder a ese hombre.

—Nada que no solucione un poco de comunicación —admitió manteniendo una cómoda distancia—. Estas serán nuestras primeras navidades en el *Bastión*, será la primera que pasemos juntos y, más allá de la parte política... No sé cómo celebras estas fechas o si las celebras...

Sus ojos adquirieron un tono más claro, asintió en comprensión y procedió a solventar sus dudas.

—Nuestras celebraciones no son muy distintas de las vuestras, después de todo hemos morado en la misma tierra durante miles de años y la primera hembra era humana —respondió haciéndole partícipe de su conocimiento—. Tenemos tradiciones propias, por supuesto, pero no son más que un eco de los ritos que lleva practicando la humanidad en cada una de sus etnias desde que el hombre existe. Desde que ocupé el lugar de mi padre, cada año visito la *Catedral de Piedra* y hago una ofrenda por todos aquellos que han quedado atrás, por los hombres, mujeres y niños que no podrán ver la llegada de un nuevo año, de una nueva era y agradezco a los antiguos la sabiduría y la vida que me han otorgado para poder guiar a los míos.

Hizo una pausa cuando sus ojos cayeron sobre la maleta abierta que descansaba sobre la cama, no tocó nada, pero de algún modo supo que estaba intentando verla a través de aquellos

objetos, comprender por qué todas esas cosas eran tan importantes para ella.

—La *Corte Arconte* ha adoptado las festividades de este territorio, así pues nos regimos por el calendario húngaro humano para asignar las festividades al Bastión —comentó sin apartar la mirada de la vieja guirnalda—. El *Palacio de Sangre* es nuestra cara pública, dado tu anterior papel como diplomática, estoy seguro de que habrás comprobado por ti misma cómo se engalanan la escalinata y los salones durante las *Navidades*.

—Sí, pero como bien has dicho, es la cara pública para el mundo —admitió y se acercó a él, quedándose a su lado—. Yo estaba pensando más bien en el *Círculo Interior*, en cómo lo vivís vosotros, en cómo lo vives tú...

Ladeó la cabeza para mirarla, sus ojos se encontraron y se quedaron así durante unos segundos.

—El *Círculo* no es ajeno a esas festividades y disfrutan de ellas, arcontes y humanos —dijo, levantó una mano y le acarició la mejilla, seguida de los labios—. En cuanto a mí, nunca he visto la *Navidad* desde los ojos de mi esposa, pero sé que será una experiencia que me acompañará durante toda la eternidad.

Bajó la cabeza sobre la suya y unió sus frentes durante un breve instante, pero suficiente para desear quedarse así una vida entera.

—No puedo devolverte lo que la vida te ha quitado, mi reina, pero haré todo lo que esté en mi mano para que preserves todos tus recuerdos —sentenció y, separándose de ella, indicó con un breve gesto de la barbilla la maleta que estaba sobre la cama.

Ionela no pudo hablar, tampoco pudo retener las lágrimas que volvieron a inundar sus ojos al ver la corona de adviento que había hecho su madre intacta, como lo había estado el día en que encendieron sus velas por primera vez.

—Razvan...

—El próximo domingo podrás encender la primera de las velas y recordarla una vez más —señaló con su habitual tranquilidad—. Todos podremos recordar a aquellos que ya no están con nosotros y que viven en nuestros recuerdos.

Asintió, acarició con reverencia la corona y se volvió hacia él.

—Así será, mi rey, así será.

CAPÍTULO 2

*Palacio de Sombras.
Fortaleza Umbra,
Praga.*

Nieve. La primera nevada de la temporada empezaba a cubrir de blanco los tejados de las casas, las calles, las orillas del río... Era una estampa que se repetía cada año, una que nunca había podido detenerse a disfrutar.

A Agda le gustaba el frío, de niña había jugado en la nieve, incluso se había lanzado en trineo, uno de color rojo que había construido su hermano. Aquellos recuerdos habían estado profundamente encerrados en su interior, protegidos de los demonios que la habían perseguido y vejado, ocultos dónde nadie pudiese alcanzarlos.

Levantó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos permitiendo que los copos alcanzaran su rosada piel. Por primera vez en años sentía que podía respirar de nuevo, la tensión de tener que

estar siempre alerta se iba diluyendo con el paso de los días, los demonios que habitaban sus pesadillas ya no estaban en este mundo y ese conocimiento la había liberado.

Sonrió, sintió el calor y la felicidad burbujeando en su interior y se preguntó una vez más si sería solo un sueño y la realidad volvería a golpearla en algún momento.

Bajó la mirada y retiró la manga de su nuevo abrigo escarlata, las luces de las lámparas destellaron en las gemas blancas y negras de la pulsera diciéndole sin palabras que aquella era ahora su realidad.

Ya no estaba sola, ya no vivía en el infierno, él la había arrancado de la oscuridad, la había aprisionado de tal forma que adoraba sus grilletes y amaba a su carcelero. Sorin era ahora su otra mitad, del mismo modo que ella era la suya. Se había convertido en su pilar, en alguien a quién confiaría su propia vida, pero al mismo tiempo era el que la hacía recordar mantener los pies con firmeza sobre la tierra y enfrentar sus propios actos.

Era consciente de que solo era cuestión de tiempo que el *Maestro de Sombras* regresara a la *Corte Arconte*, aquel era su lugar, su hogar, el que había elegido y del que ya llevaba alejado demasiado tiempo.

Vanya se lo había dicho abiertamente, su suegra no se andaba con medias tintas y era quién mejor conocía al arconte, pero sus palabras no eran más que la confirmación de sus propios pensamientos.

—No está realmente aquí. —Había mencionado tras ver al hombre abandonar el salón privado de su madre en el que habían disfrutado de un delicioso desayuno—. Necesita volver a Hungría.

La *Alta Dama* había posado sus ojos violáceos sobre ella y no pudo hacer otra cosa que asentir en acuerdo.

—Sorin se parece mucho a su padre, valora por encima de todo el honor y sus deberes, los cuales se está viendo obligado a dividir estos días. Sabe que tiene una responsabilidad para las dos cortes, pero ahora que todo está encauzado por aquí, que tú estás a su lado, debe volver al lado de su *sire*. —Hizo una pausa y añadió—. Pero también sabe que necesitas tiempo para recuperar el que has perdido, para volver a encontrar tu lugar, para estar cerca de tu hermano... Y debe dártelo, porque es tuyo. Amar a alguien implica ceder y hacer sacrificios, no dejará la corte hasta que tú estés lista para seguirle...

La idea de volver a Budapest era como un fantasma en su mente, a pesar de que la reina había mantenido su palabra y el *Rey Arconte* la había indultado personalmente, debía confesar para sí misma que tenía miedo de volver y encontrarse con esas personas con las que había convivido durante casi un año, las mismas a las que había traicionado con sus actos. Si bien no era una cobarde, tampoco era de las que dejaban todo atrás y lo olvidaba, no cuando sus actos reportaban consecuencias.

Había intentado encontrar la manera de resarcir sus malas decisiones, de ayudar a enmendar lo que Mistral había hecho y creía haberla encontrado al ayudar a Evander a cumplir con la verdadera misión de la *Ordinis Crucis*.

La traición de Isobel había sido un golpe inesperado, uno que no solo había afectado a la *Orden*, sino a ella misma. La mujer que la había rescatado de la muerte la había utilizado guiando sus pasos hacia Mistral, la había convertido en una herramienta sin que fuese consciente de ello, sin importarle ni ella ni sus sentimientos, dejándola seguir su venganza de modo que esta encajase también con sus propios planes. Pero no culparía únicamente a la mujer, su propia sed de venganza, el dolor por lo que le habían hecho, por lo que le habían arrebatado, fue el detonante para hacer todo lo que hizo. Isobel solo animó lo que ya había en su interior.

Respiró profundamente y aferró la pulsera con la otra mano, envolviendo los dedos alrededor de la muñeca para notar su tacto.

—No volveré a huir —murmuró sabiendo que solo enfrentándose a sus errores, podría repararlos—. No permitiré que nadie más cargue con mis miedos...

Haría lo que debía hacer, se enfrentaría a todos ellos, los miraría a los ojos y pediría perdón, solo entonces podría encontrar la paz necesaria para entregarse por completo a esta nueva vida.

Era hora de volver a *casa*, pues aquel no era solo el hogar de su arconte, también era el suyo. Había sido el primer lugar que, durante un breve espacio de tiempo, sintió realmente como suyo.

Satisfecha con su decisión, le dio la espalda a la imagen de los puentes que cruzaban el río, se arrebujó en el abrigo, recolocó la bufanda y volvió sobre sus pasos a través del helado camino que llevaba a la *Puerta de la Guardia*, sabiendo que se encontraría a los pocos pasos con el soldado que la había escoltado mientras paseaba por el exterior de la muralla.

Correspondió a su presencia con una breve mirada, pasó por delante de él y atravesó el portón. Sus pasos resonaban sobre el empedrado suelo mientras observaba las guirnaldas de pino que habían empezado a colgar de las paredes anunciando la llegada de las próximas festividades.

La Fortaleza empezaba a vestirse para la Navidad, cada balcón, cada macetero, cada farola había sido decorada con exquisito cuidado, incluso la vieja catedral parecía haberse imbuido con una nueva luz.

Apuró el paso y agradeció haberse puesto las botas para la nieve que le había provisto Sorin. Lady Vanya y la propia Reina Olimpia, se habían encargado de reunir para ella un completísimo ajuar; su *regalo de vinculación*, le habían dicho cuando empezó a poner pegas por la enorme cantidad de dinero que debía costar todo aquello. Había sido imposible rechazarlo, su compañero le había sugerido que ni siquiera se molestase en intentarlo, a menos que quisiera mantener una discusión épica con dos mujeres vikingas y perder estrepitosamente en el proceso.

El suelo estaba húmedo, la nieve había empezado a ser retirada por los empleados del palacio y la sal empezaba a brillar entre los adoquines evitando que se formasen capas de hielo. Todo aquello la llevó momentáneamente a su infancia, a un peregrino recuerdo en el que Mor Alfild sostenía una cuba contra la cadera mientras esparcía sal sobre la entrada de la casita en la que vivían.

Dejó atrás los edificios que rodeaban la plaza de la *San Jorge*, contempló brevemente la fachada de la catedral y se detuvo al ver el enorme abeto que presidía la entrada al *Palacio de Sombras*, bellamente engalanado con adornos y guirnaldas de luminosos colores. Un par de operarios de palacio estaban terminando de colocar las luces que se encenderían esa misma noche, la víspera del día de *San Mikúlas*, cumpliendo con la tradición Checa.

—*Dobry den!*

—*Dobry den, Prinsesse!*

Se sobresaltó ante el efusivo saludo de los hombres y lo correspondió con tibieza, procurando no acabar huyendo cual liebre al subir los escalones y traspasar el vestíbulo del *Palacio de Sombras*.

El escucharse llamar «*Prinsesse*» la estremecía de la cabeza a los pies. Las cosas habían pasado con tanta rapidez que no se paró a pensar en que, al vincularse a Sorin y celebrarse la *Ceremonia de Unión*, el equivalente a unos esponsales humanos, se había convertido en la princesa consorte de la *Corte Umbra*; como si no tuviese ya suficiente con ser la hermana del actual rey.

Eran demasiadas cosas que asimilar en un corto espacio de tiempo, así que, siguiendo la filosofía de su marido, las había pospuesto para más adelante.

La calidez del interior del palacio la invitó a desabrocharse el abrigo y desenroscar la bufanda, debajo llevaba unos cómodos leggins negros y un jersey de lana un tono más oscuro que el de su abrigo, un atuendo discreto que contrastaba sin duda con la lencería que ocultaba. Si la madre de Sorin y su tía la habían vestido por fuera, el capullo de su arconte se había encargado de hacerlo por dentro.

Ese hombre era un verdadero peligro dentro y fuera de la cama, a veces la asustaba que la conociese tan bien, otras no podía más que agradecer su infinita paciencia y creatividad sensual. Después de todo lo que había pasado, de lo que le habían hecho, él había conseguido que viese el sexo y la intimidad como algo bonito, absolutamente caliente y natural, borrando el estigma del dolor, el horror y el miedo que había corrido por sus venas. Sabía que todavía tenía un largo camino por delante que recorrer, que necesitaba sanar, pero con él a su lado y como su guía, lo recorrería con sumo placer.

Su vida había dado un giro de treientos sesenta grados en los últimos meses, la eterna búsqueda que había motivado cada uno de sus pasos había llegado a su fin y los demonios que la

habían mantenido prisionera habían sido exorcizados para siempre, ahora solo tenía que empezar de nuevo desde cero, aprender a vivir en muchos sentidos y era lo que intentaba hacer.

—...no se me ocurriría jamás pedirle tal cosa, aprecio demasiado mi pellejo.

La voz de Sorin llegó hasta ella acompañada por la réplica de Iskander.

—Y eso te convierte en un tipo inteligente.

Su marido y su hermano parecían haber establecido una especie de conexión y entendimiento en las últimas semanas, aunque no se atrevería a llamarlo todavía amistad. Estaba claro que ambos compartían una preocupación común y eso los llevaba a entenderse, pero solo había que verlos debatir para saber que si le diesen a cada uno una espada, se liarían a estocadas para ver quién hacía morder el polvo a quién.

La ausencia de recuerdos de su hermano había sido un golpe duro e inesperado. Volver a acercarse a él estaba resultando una experiencia más extraña de lo que sería en circunstancias normales. Había esperado tener que reconectar, posiblemente tener que volver a conocerse, después de todo, habían pasado seis años separados, lo que jamás había esperado era que él se hubiese olvidado completamente de ella, ni que hubiese pasado por un infierno similar al suyo propio.

A pesar de carecer de pasado, Iskander, o Jharis, como se hacía llamar ahora, siempre la había tenido presente en su mente. Aún sin saber quién era ella, había sentido que mantenía un vínculo con esa mujer y la había buscado en la medida de lo posible, así que encontrarla finalmente y saber que era su hermana, lo había acercado de nuevo a ella de manera natural.

Agda hizo suya la tarea de hacerle recordar y recuperar esos momentos que ella atesoraba. Sabía que no sería fácil, que necesitaría tiempo para reconectar, pero iban por el buen camino.

—Rendirse ante la persona adecuada, en el momento adecuado, puede traer consigo resultados de lo más... placenteros —comentó Sorin un segundo antes de girarse en su dirección.

Sabía que no había hecho ruido alguno, pero él era capaz de presentirla del mismo modo que ella era capaz de presentirlo a él.

Esos ojos verdes brillaron con intensidad un segundo antes de recorrerla lentamente con la mirada. No pudo evitar sentir como se le calentaba el rostro a pesar de lo fría y seguramente roja que tenía la piel después de haber pasado un buen rato a la intemperie. Sus ojos conectaron finalmente y el arconte le dedicó un guiño mientras sonreía con esa característica picaresca suya.

—¿Disfrutando de la primera nevada de la temporada, *ratoncita*?

Su tono aportó una absoluta sensualidad que la puso nerviosa, no estaba acostumbrada a recibir muestras de afecto en público y su cercanía todavía la perturbaba, aun cuando se encontraba buscándola cuando lo tenía cerca.

—Deberías haber venido conmigo y congelarte un poco el culo —replicó con su habitual sarcasmo—. Estoy segura de que el guardia al que le tocó acompañarme te lo agradecería

infinitamente y te habría servido para enfriarte un poquitín.

Se echó a reír mostrando abiertamente sus colmillos.

—Lo veo poco probable, sobre todo teniéndote al lado...

—Gracias, pero eso es más de lo que mis oídos quieren escuchar en esta fría mañana de diciembre —interrumpió su hermano y señaló—. Familia aquí presente, gracias.

Conocía perfectamente esa perezosa sonrisa que apareció en los labios de Sorin y supo lo que iba a venir a continuación.

—Y arconte recién emparejado aquí —le soltó él—. Si no deseara hacerle toda clase de cosas a mi compañera, no sería...

—¡Tiempo muerto! —Se vio obligada a alzar la voz para detener aquello—. Tú, cierra el pico y tú, tápate los oídos...

La traviesa sonrisa que le dedicó Iskander la llevó de inmediato a su infancia, esos ojos claros recorrieron su pelo y, por un breve instante se quedó como atrapado en alguna especie de sombra que pasó por su mente.

—Siempre te ha gustado la nieve, ¿no es así?

Sus palabras fueron como un relámpago de calor, contuvo la emoción y asintió.

—Tu pelo... —mencionó y entrecerró los ojos como si intentase ver a través del velo que cubría sus recuerdos—. Siempre estaba húmedo por eso, ¿verdad?

—Mor Alfhild solía decirme que no tenía suficiente con la nieve que caía fuera que tenía que traerla conmigo al interior de la casa —admitió compartiendo aquel pedazo de su pasado con él y con Sorin, quién le sacudió el pelo con suavidad, haciendo caer esos pequeños copos de nieve que todavía no se habían derretido—. Parece que hay cosas que no cambian a pesar del tiempo.

—Pelirroja y con copos de nieve prendidos en el pelo, eres como un hada de invierno —comentó su marido con gesto distraído—. Creo que ya sé que voy a regalarte en *Navidad*.

Agda no pudo ocultar la sorpresa ante sus palabras y responder en consecuencia.

—¿Vas a hacerme un regalo?

Esos ojos verdes volvieron a adquirir el particular brillo hechicero cuando se inclinó sobre ella y le dio un toquecito en la nariz.

—Es una tradición humana, ¿no? —le dijo con fingida inocencia—. Pero tendrás que esperar hasta Navidad... Esta noche, sin embargo, acuérdate de dejar las botas bien limpias delante de la puerta, no sé por qué, pero todo el palacio está como loco por la supuesta llegada de un tal *Mikúlas*.

El *Santa Klaus húngaro*, una especie de santo con aspecto de obispo que visitaba a los niños y no tan niños en la noche del cinco de diciembre y les dejaba pequeños regalos en sus botas si habían sido buenos. Ella había recibido la cinta del pelo que Sorin llevaba alrededor de

la muñeca en aquel entonces, un pequeño obsequio que Emese había tenido para ella y las demás chicas que trabajaban en el Bastión.

—Espero que te gusten las mandarinas, porque parece ser el regalo estrella de su lista de la compra —declaró mirando ahora a Iskander con una extraña complicidad.

El nórdico se limitó a encogerse de hombros antes de dirigirse de nuevo a ella.

—Estoy seguro de que en la cocina serán capaces de darle un sinfín de utilidades, con lo que tendremos postres cítricos hasta que acabemos el año —comentó y miró a Sorin—. O más aún...

—Si ese es el caso, tendrás que darles buena cuenta, hermanito, porque nosotros debemos regresar a casa. —Su declaración los tomó a ambos por sorpresa, especialmente a su compañero—. No podemos alargar mucho más nuestra *Luna de Miel*...

—¿Estamos de *Luna de Miel*? —preguntó mirándola ahora con genuina diversión.

—¿Tienes otro nombre para describir estas últimas semanas?

—¿Tiempo de adaptación? —Sugirió inocente—. No sé, Agda, no es cómo si hubiese estado emparejado antes, esta es mi primera vez.

—No cuela, arconte.

Sonrió abiertamente y le rodeó la cintura con el brazo, atrapándola contra su costado.

—No hay prisa, podemos quedarnos en la *Fortaleza* tanto como deseemos...

Levantó la cabeza para encontrarse con su rostro.

—No es necesario que sigas posponiendo tus deberes por mí —le aseguró, respiró profundamente y añadió—. Es hora de seguir adelante... y volver a casa.

Su rostro se volvió algo más serio, pero no por ello perdió esa calidez que tenían sus ojos al mirarla.

—¿Estás segura?

—No puedo seguir manteniendo mi vida en *standby*, tampoco quiero que tú lo hagas —confirmó—. Este ha sido... nuestro *periodo de adaptación*, un paréntesis en nuestras vidas, pero ya es hora de seguir adelante...

Dicho eso se volvió hacia su hermano.

—Es mi camino y debo seguirlo.

Él asintió.

—Lo sé, Agda, no esperaba otra cosa —admitió y parecía genuinamente satisfecho por ello—. Eres una mujer increíble y estoy realmente orgulloso de ti, *hermana*, muy orgulloso.

Sonrió, agradeciendo y atesorando esas palabras para llevarlas siempre cerca de su corazón.

—Nos veremos a menudo —le advirtió—. No pienses que ahora que te he encontrado, voy a perderte de nuevo. Haré que este *canalla* me traiga cada semana...

—¿*Canalla*? —Se carcajeó Sorin—. Eso es nuevo...

—Solo acabo de empezar, arconte —aseguró mirándole divertida—. Pero hablo en serio, quiero que...

—No tienes que pedirlo siquiera, *ratoncita*, siempre que desees regresar, te traeré. Y Jharis puede venir a verte cuando quiera... Estoy seguro de que Olimpia estará más que encantada de visitar a Razvan...

Sí, era hora de seguir adelante, de dar un nuevo paso y enfrentarse una vez más al mundo como solo ella sabía hacerlo; luchando.

—Ahora, si nos disculpas, voy a secuestrar a mi mujer el resto del día.

No hubo tiempo para protestar, para preguntar o decir una sola palabra, pues su compañero la envolvió en sus brazos y llamó a las sombras, las cuales los engulleron en un abrir y cerrar de ojos, trasladándoles al otro lado de la ciudad.

CAPÍTULO 3

*Plaza de la Ciudad Vieja,
Praga.*

Había muy pocas cosas que lo sorprendieran a estas alturas de su vida. Como soldado y como diplomático se había enfrentado a todo tipo de situaciones, pero los procesos mentales de su ratoncita no cesaban de sorprenderle.

Sabía de primera mano lo que significaba para Agda volver a pisar territorio arconte, lo que sería vivir una vez más en el *Bastión* y enfrentarse a todo lo que había dejado tras de sí. Había decidido tomarse su tiempo y permanecer en la *Corte Umbra* de modo que pudiese darle el espacio que necesitaba para volver a contactar con su pasado, con su única familia y adaptarse a esta nueva vida que habían empezado a caminar juntos, a la convivencia que suponía.

Esta nueva unión era algo nuevo e inesperado para ambos, ninguno había tenido en mente «casarse» de la noche a la mañana y mucho menos el uno con el otro, pero la situación extrema en la que se vieron envueltos los condujo a ese punto. Necesitaban tiempo para adaptarse, para conocerse el uno al otro y compartir voluntariamente aquello que se guardaban para sí mismos. El vínculo que los unía hacía que todo se masificara y tuviesen que lidiar con emociones nuevas, con sentimientos que no comprendían del todo y a los que tenían que dar nombre. El cariño existente, el amor que había nacido en medio del fragor de la batalla que ambos habían protagonizado necesitaba tiempo para enraizar, para crecer y convertirse en algo fuerte que los uniese, más que separarlos y no le cabía duda de que iban por el buen camino.

Sorin llegó a la conclusión de que no quería un futuro en el que no estuviese esa mujer, le gustaba despertar y encontrársela a su lado en la cama, ver sus cosas mezcladas con las propias, aunque podía poner alguna pega ante el caos que resultaba el encontrarlo todo tirado por doquier. Pero incluso eso resultaba encantador, porque la definía, porque esa era su mujer en todo su

esplendor.

El tiempo pasaba demasiado rápido, cada momento de felicidad vivido últimamente parecía efímero y, al mismo tiempo, lo bastante intenso como para ser disfrutado con todo lo que tenía. La vida y el destino habían puesto a esa pequeña humana en su camino por una razón, pero también le recordaron una serie de responsabilidades de las que no podía escapar, ni seguir eludiendo durante mucho tiempo más.

Contar con su beneplácito había sido sorprendente, pero era algo que había esperado que ocurriese antes o después. Su compañera era una luchadora, había sobrevivido a un infierno que habría destrozado al más fuerte de los hombres y poseía un sentido del deber que podía resultar inesperado en alguien a quien habían traicionado reiteradamente. Sabía que tenía una cuenta pendiente en la *Corte Arconte*, una personal y que debería saldar antes o después para sentirse finalmente libre de cualquier tipo de cadena. No era de las que se quedaba de brazos cruzados, no cuando sus actos habían probado estar equivocados y tenía en sus manos las herramientas necesarias para enmendarlos.

La traición de Isobel había sido una bofetada en el rostro de la chica, una puñalada inesperada y sangrante que la llevó a plantarse y analizar cuidadosamente todo lo que había hecho hasta entonces y el rumbo equivocado que había tomado. Aquello fue un punto de inflexión, uno que la condujo a ponerse al servicio del compromiso acordado entre la *Reina Ionela* y la nueva *Ordinis Crucis*.

El *Maestre de la Orden* agradecía el contar a su lado con un igual, con alguien de su propia raza y que hubiese experimentado en carne propia los males existentes en el mundo, del mismo modo que él. Eso les otorgaba una especie de comunión y una visión compartida de cual debía ser realmente el papel de la nueva orden protectora de la humanidad.

Volvió al presente al notar la pequeña mano que apretaba la suya y el ahogado jadeo escapándosele de la boca al ver a dónde la había traído. Las sombras se retiraron a su orden, dejándoles frente al enorme abeto que habían situado en el centro de la *Plaza de la Ciudad Vieja*, la cual estaba ya engalanada para las fiestas. La ciudad había empezado a cobrar vida con las luces, los aromas del vino especiado, del pan de jengibre y de la gastronomía típica de la región, durante esas semanas nadie se fijaría en si la persona que tenía al lado era humana, Umbra, arconte o de cualquier otra etnia, solo disfrutarían de la mutua compañía y del pacífico espíritu que parecía imbuir a los seres vivos durante la Navidad. Esto era lo que quería para Agda, deseaba que pudiese vivir de nuevo en el mundo, que se viese como parte de él y sin duda, un buen punto de partida eran aquellas festividades.

Debía admitir que estas eran sus festividades humanas favoritas, quizá porque las había tenido muy presentes siendo un niño. Su padre y su madre habían estado de acuerdo en educarle en una amplia visión del mundo, en la tolerancia y el respeto hacia todo ser vivo, las cuales sin duda

todavía habitaban en su interior la mayoría de las veces. Tenía buenos recuerdos de acontecimientos ocurridos en esa parte del año, momentos que lo habían acompañado y sostenido a través de su larga vida, instantes únicos que ahora deseaba compartir con esa ratoncita que ya movía los bigotes con creciente entusiasmo ante lo que se extendía ante ella.

La ciudad volvía a emplazar uno de sus más grandes mercadillos navideños en la plaza presidida por la *Iglesia del Tyn*, las casetas de madera estaban adornadas de tal modo que pareciese que estaban paseando por un pueblo navideño, con sus techos nevados, sus guirnaldas y luces recorriendo las estructuras o destacando los nombres de los distintos establecimientos. Comerciantes locales hacían en estas semanas buena parte de la venta de toda la estación invernal, por lo que solían ofrecer todo tipo de productos desde adornos artesanales, pasando por prendas de vestir o de abrigo a dulces típicos o el caliente vino especiado tan agradecido en las bajas temperaturas checas.

La nieve había hecho acto de presencia un par de días atrás convirtiendo esos primeros días de diciembre en una típica estampa invernal, incluso en esos momentos caía en forma de ocasionales copos que sobrevolaban el lugar y se posaban sobre todo aquello que encontraban a su paso, como el rojizo pelo de su mujer.

Agda había decidido mantener ese color que decía había marcado un antes y un después en su vida, así que se las había ingeniado para obtener algún producto lo bastante efectivo como para que el tono no solo pareciese natural, sino que no se desvaneciese con el paso del tiempo.

Todavía recordaba la discusión que habían tenido respecto a cierta zona de su cuerpo que conservaba el rubio natural y cómo había conseguido que se mantuviese tal cual tras una contundente amenaza.

Ese era su patio de juegos particular y ni su esposa, ni nadie tocaría esos dorados y preciosos rizos.

Por encima de mi cadáver.

—Sorin, esto es... —musitó, pero incluso sus palabras sonaron entrecortadas por la emoción.

—Supuse que preferirías pasar el resto del día en la ciudad que encerrada en la *Fortaleza* —le dijo—, y dado que ya habían terminado de colocar el árbol de la ciudad, ¿por qué no traerte a dar una vuelta y disfrutar de mi persona en medio de todos estos adornos navideños?

—*Disfrutar de tu persona*, por supuesto —replicó ella con tal sarcasmo que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse a reír.

—Seré magnánimo y te dejaré corretear también entre los puestos, *ratoncita*.

—No sé qué haría yo sin tu magnánima generosidad, *oh, señor de todo lo que se oculta en las sombras* —dramatizó ella, pero sus ojos brillaban de diversión y alegría.

—Me gusta el título, apúntalo, quiero una placa con él para colgar en la puerta de nuestro

dormitorio —le soltó muy digno.

—Vigila tu ego, arconte, vigila tu ego.

—¿Para qué te tengo a ti si no es para que lo mantengas a raya? —replicó risueño, se inclinó sobre ella y le sacudió el pelo, librándolo de los copos de nieve prisioneros en él—. Bien, ¿por dónde quieres empezar?

Su mano se afirmó todavía más en la de él y a través de su vínculo notó la reserva y el nerviosismo en ella.

—La última vez que estuve en un mercadillo... se ha desdibujado en mi memoria —murmuró con tono lejano, casi reflexivo—. No... no sé por dónde empezar.

—Hagamos entonces de esta una nueva primera vez —sugirió llevándose su mano cogida a los labios para besarle los nudillos—, una que sea inolvidable.

Las mejillas femeninas aumentaron de color y no solo por el frío ambiente, sino por el calor que le provocaron sus palabras, el mismo que notó a través del vínculo que los unía.

Sorin descubrió a lo largo de aquella mañana que tenía un nuevo pasatiempo favorito: *contemplar el rostro de esa mujer sonriendo*. Con esos ojos ambarinos brillando de alegría e ilusión o vergüenza y ternura con cada nuevo descubrimiento que hacía en los puestos ante los que se detenían en su paseo. Sorbiendo a ratitos un vino caliente especiado que había adquirido en la primera de las casetas, caminaba como una niña ilusionada de descubrimiento en descubrimiento, aunque lo más sorprendente era la cautela y el cuidado que ponía al tocar algún objeto o fijar su mirada en algún otro. Su atención solía detenerse en las figuras hechas con cristal de bohemia, especialmente en aquellas contenidas en decoradas bolas de navidad y adornos listos para ser colgados en el árbol, así como en las reproducciones de pueblecitos navideños o en las manos de algún titiritero que mostraba con destreza el movimiento de sus creaciones artesanales. Pero si había algo con lo que la había visto llegar incluso a contener la respiración, era con las galletas decoradas.

—¿Quieres llevarte algo de recuerdo?

Sus palabras hicieron que levantase la cabeza y se encontrase con una expresión juvenil, libre y despreocupada, una que reflejaba a la mujer que había resistido a la oscuridad de su interior, a las sombras que habían querido hacerla prisionera. Amaba a esa hembra, deseaba abrazarla y mantenerla para siempre a salvo de todo, pero sabía que lo mejor que podía hacer por ella ahora era permitirle vivir y saborear la libertad que tanto había ansiado, mantenerse a su lado y sostenerla cuando no pudiese hacerlo por sí misma.

—*Cukrovi y zazvorky* —respondió pronunciando en un aceptable checo y señalando al mismo tiempo las pastas de navidad y las galletas decoradas de jengibre.

—Un checo bastante decente —comentó en tono petulante.

Ella enarcó rápidamente una ceja y replicó en consecuencia.

—Al menos se entiende mejor que tu inglés, arconte.

La pulla lo hizo reír entre dientes, pues sabía que tenía razón. A lo largo de su vida había tenido tiempo más que suficiente para aprender varios idiomas, pero eso también le otorgaba un acento extraño que solía salir a relucir cada vez que hablaba en inglés. Ella, por otra parte, tenía un inglés perfecto, todavía recordaba bastante de su noruego natal y hablaba el húngaro a la perfección, aunque el checo se le resistía quedándose en un decente chapurreo.

Su intercambio verbal le arrancó también una risita a la rolliza mujer que se encontraba al otro lado de la mesa surtida con las pastas navideñas, ambos levantaron la cabeza y se encontraron con un rosado rostro y una mirada jovial que los llevó a sonreír igualmente.

—*Novomanželé?*

Agda se volvió hacia él, obviamente desconocía la palabra.

—Nos pregunta si somos *recián casados*, amor.

Ella se volvió hacia la mujer y no pudo evitar hablar en húngaro, que era el idioma en el que siempre hablaba.

—¿Tanto se nota?

La mujer sonrió ampliamente y los señaló a ambos.

—El amor brilla en sus ojos —le dijo a Agda, entonces se volvió hacia él y asintió—, y en los vuestros. Mucho amor.

Dicho eso, cogió un paquete de cada uno de los productos que había señalado la chica previamente, los metió en una bolsa y se los entregó a Agda.

—Que dure eternamente.

Las mejillas de su compañera aumentaron de color y se lo agradeció en checo mientras él procedía a pagar la mercancía.

—No, no —negó ella sacudiendo las manos y llevándose las manos al pecho—. Es un regalo para la nueva princesa. Os deseamos felicidad, mi *Prinsen*.

El que la mujer supiese quién era él lo tomó por sorpresa, ya que no había nada en su atuendo que lo hiciese pasar por un miembro de la *Corte Umbra* y mucho menos por su *Prinsen*, pero no se molestó en desmentir su asunción y en cambio agradeció el gesto de la mujer con un asentimiento.

—Que os sea extendida también a vos y a los vuestros, *slečna*.

Rodeó de nuevo la cintura de su compañera con el brazo y dieron un par de pasos antes de que esta le preguntase en un susurro.

—¿Acabo de escuchar la palabra *Prinsen*?

Asintió como toda respuesta, pues la mujer le había hablado al final en checo.

—Parece que no paso tan desapercibido como me gustaría —declaró con una pequeña sonrisa—. Nos ha deseado felicidad.

Ella miró por encima de su hombro y sonrió.

—Que amable.

Continuaron con la visita, deteniéndose aquí y allá antes de que Agda cediese finalmente a hacer algunas compras personales antes de detenerse en la plataforma del árbol de Navidad y aprovechar el momento de descanso para mordisquear una galleta de jengibre.

Estaba seguro de que nunca había encontrado tan erótico el ver a una mujer mordisqueando una maldita galleta, pero los ruiditos de placer que hacía su compañera lo estaban poniendo al límite.

—*Ratoncita*, si sigues haciendo eso, no puedo prometerte que pasemos mucho tiempo más dando vueltas por el mercadillo.

Se detuvo y lo miró sin comprender en realidad a lo que se refería. No se estaba dando ni cuenta de lo que le provocaba.

—La galleta, amor, cómetela de una puñetera vez.

Mantuvo la mirada sobre él como si estuviese intentando averiguar que quería decir con eso, bajó los ojos sobre el dulce que tenía en las manos y, cómo si la comprensión hubiese estallado en su mente, vio esas gemas de color ámbar brillar con malicia. Levantó la cabeza y, con fingida inocencia, lamió la cobertura de azúcar como si se tratase de una piruleta.

—Estoy en ello...

La respuesta fisiológica fue inmediata, su miembro reaccionó ante la provocación y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no gruñir.

—Sigue jugando de esa manera conmigo, amor mío, que te auguro que será la última galleta que puedas saborear en... digamos el resto del día —la previno con voz grave, sabiendo que sus ojos se habían oscurecido ligeramente—. Porque te arrastraré a la primera superficie horizontal que se me pase por la cabeza y seré yo quién te lama de arriba abajo.

Esos ojos ambarinos se encontraron con los suyos, la manera en que los abrió y acusó su amenaza los hizo brillar, pero fue la manera en la que se estremeció y se movió inquieta en el lugar antes de lamerse los labios, lo que lo encandiló.

—¿Ese es el regalo de Navidad que tenías en mente hace un rato?

Tuvo que concentrarse para discernir de que narices estaba hablando, por supuesto, se remontó a la conversación que habían mantenido frente a Jharis y sacudió la cabeza.

—¿Y tener que esperar medio mes para follarte? ¿Te has vuelto loca?

Si su expresión se parecía en algo al tono ofendido que reconoció en su propia voz, no dudaba de que la carcajada que acababa de soltar su esposa se debiese precisamente a eso. Para su buena suerte, ella parecía estar en total sintonía con él, ya que guardó lo que le quedaba de galleta y se levantó, teniéndole la mano para que hiciese lo mismo.

—Vamos, arconte, no sea que tu ego crezca demasiado para poder contenerlo —le dijo

manteniendo la mirada por encima de su pecho, pero sabiendo muy bien que acababa de referirse a la reveladora erección que se marcaba en sus pantalones—. Demos un último paseo, quiero... grabarme este momento en la memoria para poder recordarlo en los tiempos venideros.

—En Budapest hay más mercados que podremos visitar —comentó, haciendo referencia a su previa aceptación de volver a casa—. Te llevaré para que los veas.

Sonrió y asintió, aferrando su mano y tirando de él hasta que se puso en pie, momento que él mismo aprovechó para atraerla contra su cuerpo.

—Pero no más galletitas y ruiditos eróticos en público, por favor, a menos que quieras que te folle en el primer callejón que...

Le puso los dedos sobre los labios, silenciándolo y manteniendo al mismo tiempo una mirada sincera.

—Gracias por esto, por todo en realidad, por decidir salvarme de mí misma y quedarte conmigo —musitó sin dejar de mirarle—. Por elegirme...

—Estamos hechos el uno para el otro, Agda mía, lo sabes —le guiñó el ojo y añadió—. No es como si alguien más pudiese soportarnos...

Una dulce sonrisa curvó sus labios.

—Tú y tu ego —chasqueó—. Da gracias por mi infinita paciencia.

—¿Tienes de eso?

—A juzgar por lo que tengo que aguantar contigo, sí —sentenció con una rotundidad que lo hizo reír también a él.

La mantuvo unos momentos más pegada a él, disfrutando de su calor, entonces volvió a preguntar:

—¿Estás lista para volver?

—Estoy lista para acompañarte a tu hogar —declaró deslizando los dedos sobre su rostro—. Necesitas volver, ese es tu lugar y ya es hora de que yo haga frente a lo que hice...

—Sé que tenías un motivo, no puedo justificarlo, pero ahora lo entiendo.

—Lo sé, Sorin. Es más de lo que muchos harían, así que no te preocupes. —Le acunó la mejilla—. Esta no es más que una parada en mi camino y debo hacerla, debo quitarme hasta el último de los grilletes que quedan de mi pasado para poder sentir que al fin soy libre y puedo continuar, que puedo estar a tu lado sin remordimientos. Por eso quiero participar en el proyecto conjunto de la *Reina y el Maestro de la Orden*, quiero ayudar a limpiar nuestro nombre y demostrarle al mundo que estamos aquí para ayudar a levantar a aquellos que se caigan, no para derribarlos y patearlos en el suelo.

—Si hay alguien capaz de hacerlo, esa eres tú —admitió buscando sus labios para acariciarlos con los suyos—. Pero no te metas en líos, eres propensa a ellos.

Ella hizo una mueca y añadió.

—Prometo ser tu digna compañera.

—Eso no me tranquiliza.

—¿Tu amante esposa?

—Eso ya lo eres.

—Volveré a ti cada día de mi vida.

—Eso ya me gusta más.

—Eres irritante, *arconte*.

—Pero me quieres igualmente, ¿no es así, *ratoncita*?

La suave y pequeña mano abandonó su rostro para perderse entre su pelo y eliminar los copos de nieve que se entrelazaban en él.

—Sí, *arconte*, te quiero y con cada nuevo día que despierto a tu lado, me enamoro de ti un poco más.

—Ahora sí que no te libras —declaró capturando su boca como llevaba queriendo hacerlo toda la mañana, desde el mismo instante en que abandonó su lecho—. Deja que te muestre una vez más lo mucho que te quiero, que eres la única que existe para mí, deja que lo haga en un lugar en el que estemos solamente los dos y, a poder ser, sin ropa que nos estorbe.

Ella se rio y volvió a besarle diciéndole una vez más y sin palabras, que accedía a esa bendita petición.

CAPÍTULO 4

*Halászbástya,
Bastión Arconte,
Budapest.*

El paso del tiempo no borraba los recuerdos, solo los hacía más tolerables, te enseñaba que todo lo que ocurría tenía un motivo y tú eras la única capaz de encontrarle sentido y arrancar cualquier experiencia valiosa o aprendizaje productivo e Índigo Moon, lo sabía de primera mano; aquellas piedras frías bajo sus manos habían visto como había pasado de la desesperación de la pérdida a la superación de su actual condición.

El *Halászbástya* había sido en muchos aspectos su área de rehabilitación y el lugar en el que aprendió que la vida no se terminaba al apagarse la luz, sino que podía encontrar otra totalmente nueva y por la que valía la pena vivir. Aquellas paredes, el aroma que envolvía cada parte, cada edificio, el viento que soplaba a través de los arcos del balcón de piedra o el agua de la fuente que presidía los jardines traseros, todo formaba parte de su pasado, de la vida de una adolescente de dieciséis años que había sobrevivido milagrosamente al episodio que las autoridades tipificaron como un delito de odio y que se saldó con el homicidio del Juez Olivier y su esposa.

Su padre había sido un hombre que creía en el futuro de la raza y en la gente, creía que podía existir una pacífica coexistencia entre humanos y vampiros, por lo que solía asistir a la *Corte Arconte* en algunos asuntos menores, pero el fallo del último juicio que moderó, con resolución favorable a los vampiros, derivó en su propia sentencia de muerte y en la de su familia.

El hombre al que había condenado, un acaudalado miembro del *Lineage*, apenas si llegó a pasar un par de días encerrado. Recordaba haber escuchado que alguien había pagado una desorbitante fianza o recurrido a sobornos para sacarlo, la misma persona que ordenaría a continuación el asesinato del juez y su familia tan solo unos días después.

Los recuerdos de esa noche no eran muy claros, todo lo que recordaba era haber estado

cenando en compañía de su familia y charlando sobre algo intrascendental cuando algo atravesó la ventana impactando en la cabeza de su padre, al cual siguió el grito de su madre y el sonido de la silla cayendo al suelo que la hizo girar la cabeza a tiempo de ver en cámara lenta como caía. En ese momento no llegó a comprender lo que sucedía, su cerebro no tuvo tiempo de asimilarlo pues recibió un disparo propio que apagó su mundo al instante.

Ni siquiera hoy podían explicarse como había conseguido sobrevivir a la bala que le habían metido en la cabeza, los médicos suponían que tenía algo que ver con la trayectoria del proyectil, el posible encasquillamiento del arma y no sabía cuántas cosas más, pero la realidad era que estaba viva de milagro y llevaría el estigma del disparo durante el resto de sus días.

Cerró los ojos, levantó el rostro hacia la fría brisa y dejó que esta la acariciase. No le cabía duda de que, de estar hoy con vida, el Juez Olivier se sentiría profundamente orgulloso al ver a una mujer humana sentada en el trono arconte; para él sería un signo de que el futuro que aguardaba a la humanidad ya no era tan oscuro.

Los aromas de las picantes especias le hicieron cosquillas en la nariz, en algún lugar cercano al *Bastión* estaban cocinando al aire libre, el murmullo lejano de pasos le advirtieron de que había gente paseando por la plaza, posiblemente se tratase del personal de la propia fortaleza apresurándose en dar los últimos toques a la decoración navideña que engalanaban sus calles.

Había escuchado a las doncellas del *Circulo Interior* hablando sobre los adornos, sobre las órdenes del rey y su deseo de complacer a la reina. Se habían movido por los pasillos en absoluto frenesí llevando objetos, colocándolos aquí y allá, cambiando en un abrir y cerrar de ojos el estado habitual del palacio. El tono general del ambiente era distendido y alegre, llegando a comentar que la luz había vuelto a iluminar el *Palacio de Sangre* y dando gracias a la presencia de la reina humana por ese pequeño milagro.

Ionela había llegado para cambiar el mundo de los Arcontes, lo supo en el mismo instante en que le dio la bienvenida a «casa». Razvan fue su tutor tras la muerte de sus padres, se ocupó de sus gastos médicos y de su educación, pero nunca lo sintió un hombre expresivo y mucho menos paternal, al contrario que alguno de los otros miembros de su guardia privada. Desde que podía recordar, siempre lo tuvo por alguien estoico, justo, con unos modales europeos exquisitos y distante cercanía, pero algo había cambiado en él.

Lo había notado al estar en su presencia, era como si esa figura profundamente oscura que siempre notaba en su cercanía se hubiese empezado a diluir, como si algo la estuviese haciendo pedazos para descubrir que bajo ella existía una imagen más cálida y afectiva, mucho más liviana y sosegada, lo cual también se podía adivinar en el tono de su voz.

No podía negar que, a pesar de sentirse como en casa en el *Bastión Arconte*, echaba de menos su propio hogar, el piso en el que había estado viviendo el último año y medio, donde había disfrutado de absoluta autonomía e independencia. Pero después de lo ocurrido dos meses

atrás: la aparición de un cadáver en la vivienda de su vecina, la repentina desaparición de esta y su posterior aparición como víctima de un presunto *Vrâjitor*, su *Pactado* no solo se había negado a que volviese a su piso, sino que también la había arrancado de *Icor House*, uno de los protectorados de Budapest en el que trabajaba impartiendo charlas informativas y de concienciación tres veces por semana, las cuales estaban orientadas a los que, como ella misma, formaban parte de un *Contrato de Sangre* o deseaban hacerlo, para traerla al corazón del territorio arconte.

Se suponía que los *Vrâjitor* habían sido erradicados de Hungría, el mismo rey había decretado su inmediato exterminio y se le había impuesto una pena de muerte a todo aquel que practicara la hechicería sin autorización, proscribiendo de ese modo la magia negra. Todas las *Castas Sobrenaturales*, e incluso la Humanidad, estaban de acuerdo en que el mundo era un lugar mucho más seguro sin ellos, pero tras los recientes acontecimientos, aquel oscuro mal parecía haber vuelto a campar por la tierra dejando tras de sí una serie de escabrosos crímenes.

Fue uno de esos crímenes, que acabó identificando al presunto culpable como un posible usuario de magia negra, el que hizo que el arconte la arrancase primero de su hogar y luego de su lugar de trabajo, para traerla al *Bastión* por precaución, pues seguían sin saber a ciencia cierta lo que su presencia en la escena del primer crimen había podido significar para el autor de tales hechos.

Y Orión Candia no era una hombre al que se le pudiese decir que «no» sin acompañar dicha negativa con una ardua defensa y una severa sentencia que desestimase sus órdenes, algo que había aprendido no conseguiría jamás con él.

El *Ejecutor* de la *Corte Arconte* era el responsable de que hoy por hoy siguiese con vida, había sido lo bastante terco para no permitirle «caer» cuando la luz de su mundo se apagó para siempre y lo bastante estúpido como para acabar un año atrás en la puerta de su casa y estar a punto de morir en sus brazos.

Nadie sabía realmente quién había debajo de esa montaña vampírica, su hosco carácter solía mantener a la gente a raya, su frialdad era como un muro impenetrable, cualquiera que se encontrase en su camino no dudaría en dar media vuelta y correr en sentido contrario, pero ella había hecho todo lo contrario desde el mismo instante en que lo conoció.

Su ceguera había agudizado sus otros sentidos y la preparó para conocer a las personas no por lo que se veía de ellas, sino por lo que sentía estando a su alrededor. La percepción que notaba a través de las yemas de sus dedos, los sonidos que captaban sus oídos o el aroma que a menudo le acariciaba la nariz poseían una marca propia, una que a menudo dejaba al descubierto la verdadera identidad que se escondía más allá de lo que los demás veían solo con los ojos.

Había aprendido a *ver* a través de sus sentidos, a darle forma a esa nueva forma de visión y el hombre que había encontrado bajo aquella montaña de puro músculo y terquedad tenía poco o

nada que ver con el despiadado ejecutor que cumplía, sin mostrar emoción alguna, las órdenes de su rey. El *Contrato de Sangre* que compartían era una buena muestra de ello, de lo mucho que él había luchado en contra y de cómo la voluntad de una simple humana había terminado prevaleciendo sobre la de un oscuro arconte.

El vínculo que habían establecido era cómodo para ambos, a él le permitía obtener lo que necesitaba para sobrevivir y a ella pagar de algún modo el que hoy estuviese todavía allí y respirando; un intercambio equivalente.

Índigo se estremeció al notar como algo húmedo le tocaba el rostro, se llevó los dedos a la mejilla y sonrió al comprender que se trataba de nieve. Se apoyó en la balaustrada con una mano y extendió la otra notando la caricia del aire y los copos que traía consigo acariciándole la piel.

Recordaba el color blanco de la nieve con la que había hecho muñecos en el jardín de su casa siendo solo una niña, la manera en que la zanahoria se hundía en la compacta cabeza con su intenso color naranja, la bufanda roja alrededor del cuello de aquel peculiar *Jack Frost*... Y como aquella percepción había cambiado a causa de su ceguera, las formas de aquellas bolas compactas bajo sus manos, la sensación del frío a través de los guantes y las risas de los niños cuando intentaba rodear el inexistente cuello de algún maltrecho muñeco a tientas.

Su vida no había sido tan mala, después de todo, su incapacidad en vez de restarle, sumó y le permitió encontrar otras puertas que abrir, otras metas que alcanzar a través de las cuales empezó a sentirse de nuevo útil al ayudar a los demás.

Disfrutaba de las charlas que impartía en el *Protectorado*, era agradable compartir su experiencia y poder mostrar a los humanos interesados en alcanzar algo tan personal lo que significaba en realidad el darse de esa manera a otra persona, a alguien que te necesitaba de una manera tan vital para poder mantenerse con vida.

Desde que la edad de los posibles candidatos había empezado a bajar y se presentaban jóvenes atraídos por la curiosidad y el magnetismo propio de la raza vampírica o la necesidad de encontrar un mecenas que sufragase sus gastos o caprichos, el dirigente de *Icor House* se habían visto en la necesidad de poner ciertas normas. La desinformación llevaba a muchos humanos a correr riesgos absurdos, a poner en peligro sus vidas e incluso desarrollar una dependencia emocional y psicológica que podía llegar a ser fatal si no se atajaba a tiempo.

Había visto demasiados vínculos fallidos a causa de ideas preconcebidas y poco realistas en muchos de los hombres y mujeres que asistían a las charlas, había despejado dudas y también escuchado a aquellos que, habiéndose iniciado, disfrutaban de aquel particular contrato de una forma más transactiva que íntima.

Le habría encantado poder seguir en contacto con toda esa gente, poder seguir escuchándoles y hablando con ellos, pero la sede arconte se había puesto en alerta ante la presencia de un posible y peligroso asesino ritual, alguien cuyo poder podía muy bien ponerles en

riesgo tanto a ellos como a los humanos.

Ese era el único motivo por el que seguía entre aquellas cuatro paredes y no había cogido la puerta para volver a su hogar y retomar su vida, eso y los prolongados silencios de Orión ante sus más osadas preguntas, los cuales eran una respuesta mucho más aterradora que cualquier brusco puñado de palabras que pudiesen salir de la boca de ese hombre.

—Otra vez en el punto de partida —musitó para sí. Dejó escapar un pesado suspiro y cambió el peso de un pie al otro, se apoyó sobre el alfeizar y se inclinó suavemente hacia delante para dejar que el aire le acariciase el rostro mientras agudizaba el oído para escuchar los sonidos de la ciudad bajo ella una vez más.

El inesperado peso de unas manos ciñéndole la cintura desde atrás y el consiguiente tirón para alejarla de aquella posición, le arrancaron un jadeo. Estiró las suyas en un gesto automático, aferrándose a esa presa sobre su cintura, reconoció aquel tacto y el aroma que envolvía al hombre que acababa de darle un susto de muerte.

—No eres tan insensata como para repetir una experiencia parecida, pero sigues siendo demasiado temeraria para tu propio bien —escuchó su voz, la cual fue como una helada caricia en su oído un segundo antes de que esas manos se alejasen de su cintura, después de haberla apartado del supuesto peligro.

El comentario la hizo poner los ojos en blanco, pues ambos sabían que *eso* no era algo que se le hubiese vuelto a pasar por la cabeza.

—Lo temerario sería intentar sentarme siquiera en la balaustrada cuando llevo unos vaqueros tan ceñidos —replicó girándose hacia la procedencia de su voz y llevándose al mismo tiempo ambas manos a las caderas para enfatizar su enfado—. Casi se me para el corazón...

A juzgar por el sonido de la tela y el cambio en su respiración, estaba convencida de que el recién llegado se había cruzado de brazos y la miraba con su habitual estoicidad.

—Sigue latiendo, Índigo, lo escucho perfectamente.

Lo cual ponía de manifiesto lo desarrollados que tenía sus sentidos, pensó y sacudió la cabeza, pues había cosas a las que sencillamente no merecía la pena responder.

—Ya que pareces gozar de tan buen oído, a ver si hoy escuchas esto: *Hay algunas cosas que necesito recuperar de mi piso y...*

—Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo y...

—Quiero ir yo misma a por ellas —lo interrumpió.

—Eso está fuera de discusión.

Y, en lo que a ese hombre respetaba, así era, no serviría de nada que protestase, pues nada lo haría cambiar de opinión. Si necesitaba alguna cosa, se la traerían, se la comprarían o la buscarían en el maldito infierno, pero nadie iría en contra de las órdenes del Ejecutor en ese sentido.

Sacudió la cabeza, no servía de nada discutir, así que desechó cualquier posible petición.

—Acompáñame tú, de ese modo...

—No vas a ir.

Señor, ese hombre era de lo más frustrante.

—Quiero irme a casa...

—Sé que me has oído perfectamente la primera y la segunda vez.

Resopló. En realidad no necesitaba nada, solo quería ir a casa, recuperar su libertad aunque solo fuese durante unos minutos, pero él era igual que una montaña inamovible en lo que a sus palabras se refería.

Suspiró, se llevó las manos a los bolsillos y cayó en la cuenta de algo que había olvidado. Su mano derecha tocó la rugosa pieza que había encontrado nada más levantarse, la misma por la que había acabado abandonando su habitación y cruzado medio palacio para llegar a este lugar.

Había sido una de las sorpresas con las que se había encontrado en sus botas esa misma mañana del seis de diciembre, una que había estado perfectamente envuelta en papel protector. Parecía que ese año había sido una buena chica, pues *San Mikuláš* le había obsequiado un par de mandarinas y una barrita de chocolate, un artículo de lujo que no mucha gente podía permitirse; ella desde luego no.

Extrajo la mandarina del bolsillo, rozó la rugosa piel con la yema del pulgar y, sabiendo que él no se había movido y seguía en el mismo lugar, se la tendió.

—*Mikuláš* me ha dejado dos de estas, ya me he comido una esta mañana, así que, la mitad de esta te corresponde a ti —le informó con absoluta seriedad, aunque por dentro se estaba muriendo de la risa al pensar en la cara de póker que estaría poniendo él—. No puedes rechazarla, trae mala suerte, ya sabes, además, tengo los dedos congelados y no puedo mondarla.

Esperó, cada segundo acompañado del latido de su propio corazón hasta que escuchó un roce y la percepción de su espacio cambió, como cuando alguien lo invadía. El peso en su palma desapareció y un segundo después escuchó como la piel de la fruta se iba desgarrando y los gajos de esta se iban separando. No pudo evitar que la boca se le hiciera agua, aquellos cítricos eran su fruta favorita y el aroma de las mondas ya le estaba haciendo cosquillas en la nariz.

—Extiende la mano.

Una orden seca, su tono de voz ligeramente irritado, pero también más cercano. Las peticiones no estaban en la agenda de ese hombre, pero cuando posó los gajos desgranados de la mandarina sobre su palma, lo hizo con un particular cuidado, el mismo con el que siempre le cogía la mano antes de beber de su muñeca.

Se estremeció, fue algo involuntario, propiciado por el recuerdo de aquel íntimo vínculo que compartía con él.

—*Efkharísto*, Orión —pronunció con cuidado, agradeciéndole su gesto en su idioma.

Entonces comprobó que le había entregado la fruta entera y la dividió en dos partes, devolviéndole una—. Tu parte.

Podría decir que le escuchó resoplar, pero era toda una suposición viendo de él, con todo, mantuvo la mano extendida, con la fruta en la palma a la espera de que aceptase que compartiese su regalo.

—Feliz día de *San Nicolás* —insistió con paciencia.

Finalmente notó como sus dedos recogían su parte de la mandarina. Sonrió para sí y se llevó un gajo a la boca, complacida de que hubiese aceptado su regalo.

CAPÍTULO 5

Su pícara sonrisa y esos suaves modales no eran otra cosa que una fachada, debajo de esa figura menuda y de su juventud existía una auténtica guerrera. Orión lo sabía mejor que nadie, conocía el infierno por el que había tenido que pasar esa criatura.

Esa pequeña humana había visto truncado su futuro en un abrir y cerrar de ojos, el que hoy siguiese con vida se debía a la bendita providencia, una que había llamado a su puerta ya dos veces.

No podía borrar de su memoria la noche en la que, Sorin y él mismo, la encontraron. Habían llegado tarde, demasiado tarde para el juez y su esposa y, por un momento, pensó que también para la niña que yacía en medio de un creciente charco de sangre y con una herida de bala. Aún hoy seguían sin explicarse cómo había sobrevivido.

Índigo Moon vivía con una bala alojada en la cabeza, la misma que la había privado para siempre de la preciada visión y la sumió en una desesperación y depresión tan profunda que la dejó, por segunda vez en pocos meses, a un paso de la muerte.

Ningún niño debería tener que enfrentarse con la muerte de esa manera, ninguno debería sentir la necesidad de encaramarse a una balastrada que lo llevaría a una caída mortal para escapar del dolor de una trágica pérdida.

Ella jamás sabría cómo se le había parado el corazón, como escuchó el susurro de la *Parca* en el oído anunciando su llegada al encontrarse fortuitamente con aquella escena.

A lo largo de los años había intentado encontrar una explicación para la cadena de acontecimientos que lo llevó a ese lugar y a ese preciso momento, a ver la tela de la falda ondeando con el viento como un prolegómeno de lo que estaba a punto de ocurrir, a moverse con la inhumana celeridad que le permitió agarrar aquel pedazo de tela impidiendo un desenlace fatal. Sus manos la habían aferrado en el instante en que se inclinaba hacia delante, el viento azotándole en la cara y el peso de la gravedad convirtiendo un cuerpo delgado y liviano en un auténtico peso

muerto. Se había echado hacia atrás de un impulso, llevándolos a ambos a caer contra el empedrado suelo sin apenas respiración.

«La Muerte deberá seguir esperando, porque hoy no es el día en que vayas a encontrarte con ella, kislány^[2]».

Había sonado frío, sus dedos se habían hundido en la carne a través de la tela haciéndole daño, pero ella no pronunció una sola palabra, se limitó a permanecer allí, quieta, clavando unos ojos azules como el hielo carentes de luz en él en silencio.

Durante las semanas venideras permaneció en un absoluto mutismo, sumida en su propia oscuridad, hasta que una mañana cualquiera la vio salir de la habitación y, tras detenerse en medio del pasillo, como si supiese que él estaba cerca, se volvió en su dirección, elevó esa terca barbilla suya y le dedicó un simple *«hoy tampoco será el día, kisfiú^[3]».*

A partir de ese momento algo en ella cambió, se aferró a la vida e hizo todo lo posible para superar las limitaciones impuestas por su incapacidad, cosa por la que seguía trabajando aún hoy en día.

Miró los gajos de la mandarina que había aceptado y luego a ella. La satisfacción curvaba los labios femeninos, sabía que estaba feliz de haberse salido con la suya y no le quedó otra que ingerir su parte del cítrico.

Sabía que le encantaban las mandarinas y las naranjas, así que había aprovechado la excusa de las festividades navideñas para dejárselas en su habitación sin tener que justificar sus actos.

Podía existir un *Contrato de Sangre* entre ellos que amparase su forma de tratarla o su tendencia a protegerla, pero su propia independencia lo empujaba a establecer una necesaria distancia, sobre todo dada la forma en la que ese contrato se había llevado a cabo.

No tenía que haber estado en aquel lugar, debió negarse a la voluntaria invitación de su sangre, pero cuando su mente cobró conciencia, el preciado líquido carmesí inundaba ya su boca, sus dientes estaban firmemente clavados en su garganta y su menudo cuerpo convulsionaba en sus brazos. El shock y el horror habían sido tales que dejó de beber al instante, buscó inmediatamente el pulso y, al tiempo que lo encontraba, escuchó la tranquilizadora voz de esa muchacha invidente llamándole por su nombre.

«Está bien, Orión, hoy tampoco será el día para ninguno de los dos».

Índigo le había dado su sangre voluntariamente, le había ofrecido su vida para salvar la suya y había establecido un vínculo entre ellos similar al de un *Contrato de Sangre*.

Mordió el gajo de mandarina y dejó que el dulzor le inundase la boca, el recuerdo de su sabor le aguijoneó el estómago recordándole que necesitaría alimentarse en breve.

Cada vez que estaba cerca de ella, cada vez que rememoraba sus momentos de íntima vinculación, le dolían los colmillos y el hambre despertaba en su interior, su deseo se volvía

peligroso y temía que llegase el día en que no pudiese refrenarse y acabase sucumbiendo a su naturaleza salvaje.

—Supongo, pues, que si no puedo volver a mi rutina, es porque piensas que ese *hechicero* puede estar todavía en vuestro territorio.

El comentario no lo sorprendió, la mujer ante él no era de las que se comportaba como una damisela en apuros y dejaba todo en manos de los demás. Deseaba saber, necesitaba conocer los detalles de modo que pudiese analizarlos desde todos los lados y encontrar por sí misma una salida a esa momentánea ruptura de su estructurada vida.

—Si lo está, se ha escondido jodidamente bien —admitió con una mezcla de fastidio y satisfacción en la voz.

No había muchos capaces de burlar su rastreo ni el de sus hombres, pero ese tipo llevaba haciéndolo los últimos dos meses. Fuese quién fuese, había querido que supieran que él estaba allí fuera, que tenía el poder para llevar a cabo un crimen como el cometido y que no perdonaba los errores.

Había sido un claro desafío hacia el poder y las leyes Arcontes, una declaración de intenciones y una proclama de que aquellos que habían sido exterminados y exiliados bajo pena de muerte, no habían sido extinguidos y podían volver a levantarse en cualquier momento.

Pero Budapest no era el único lugar afectado por la presencia de aquella infección oscura, la *Corte Umbra* se había encontrado con el desagradable descubrimiento de que habían estado cobijando a uno de esos *hechiceros oscuros* en su propio seno, más aún, ya que a tenor de los informes presentados por el *Maestro de Sombras*, dicho hechicero había sido además asesinado en las entrañas del *Palacio de Sombras* por uno de los suyos.

El tipo había sido estado también detrás de Agda, la actual compañera vinculada de su amigo, él era uno más de los monstruos que habían convertido la vida de la antigua esclava de sangre en una pesadilla viviente, una que había ayudado a borrar de la faz de la tierra con sumo placer.

—Si esa vieja escoria vuelve a emerger, será una plaga difícil de erradicar —admitió en voz baja a sabiendas de que ella le escucharía a la perfección.

El rey empezaba a plantearse la necesidad de llamar a las Castas a una reunión para tratar el asunto, pues era algo que sin duda atañía a todas y cada una de las razas sobrenaturales. Pero antes de encender las alarmas, era necesario saber a qué se enfrentaban, si se trataba de un puñado de insurrectos o algo más amplio y con intereses mucho más elevados.

—Por lo mismo, te quedarás aquí hasta que sepamos con certeza que es lo que tenemos entre manos.

La vio suspirar, pero no protestó, se metió el último gajo de la fruta en la boca y puso una expresión de puro deleite al morderla.

—Está bien —respondió, pero no tardó en añadir—. Me quedaré aquí hasta final de año, pero después de las *Navidades*, quiero que sepas que voy a mi casa y continuaré con mi trabajo en *Icor House*.

Enarcó una ceja y se cruzó de brazos, aquella mujer le daba un nuevo sentido a la palabra *terquedad*.

—Puedes acompañarme, ponerme escolta, lo que te de la santísima real gana, pero no voy a quedarme eternamente de brazos cruzados —sentenció con su acostumbrada franqueza—. Puedes aceptarlo o no, pero no influirá en mi decisión.

No, no lo haría, dijese lo que dijese, Índigo tomaría la decisión que creía era mejor para ella, aún si eso lo obligaba a tener que ponerle una escolta o encargarse el mismo de su vigilancia. No arriesgaría su vida o su seguridad, así que no le quedaba otra que dejar que se saliese con la suya... o hacerle creer que así era.

—Y *terquedad* era el segundo nombre de la *kislány* —declaró en voz alta.

Ella sonrió de soslayo y levantó la cabeza posando aquellos ojos carentes de vida sobre él.

—Ese es Moon, arconte —declaró con una perezosa sonrisa curvándole los labios—, y deja ya de llamarme *niñita*.

Sacudió la cabeza y avanzó hacia ella.

—Abre la boca.

La incomprensión cruzó por su rostro un segundo antes de que le acariciase los labios con el gajo de la mandarina que había guardado.

—Esa es tu mitad —replicó ella con un mohín—. No la...

No le dejó terminar, se la metió en la boca, dejando que los dedos le rozasen los labios antes de retirarse y dar un paso atrás.

—Feliz día de San Nicolás, *Vida*.

Ella suspiró, se comió la fruta y sonrió como siempre lo hacía.

—Feliz día de San Nicolás, Orión.

CAPÍTULO 6

*Westbourne Terrace.
Paddington,
Londres.*

Beatrix tenía la sensación de haber vivido mil vidas y no solo un puñado de meses lejos de ese lugar. La última vez que estuvo en aquella casa había sido golpeada, prácticamente secuestrada y convertida en una herramienta para la sed de poder existente en las entrañas del *Lineage*.

Ella, que había dado la espalda a su propio legado, que fue en contra de la tradición al convertirse en maestra, se había visto obligada a formar parte de toda una farsa para mantener a salvo el mayor secreto de su madre; su medio hermano arconte.

Una *Dama* del *Lineage* que había tenido una aventura en el pasado, un idilio que había dado como resultado un embarazo y la tragedia para la familia.

Ella desconocía aquello, durante gran parte de su vida vivió feliz como amada hija única, adorada por un padre cariñoso que encontró la muerte de manera prematura mientras su madre, débil de espíritu y carácter, acabó volviendo a casarse con el mismísimo diablo.

Un héroe de guerra, un aclamado general al que habían apodado sabiamente «el carnicero de la Alianza» y él hacía honor a ese nombre, su rectitud y fanatismo no era otra cosa que una excusa para justificar su mano suelta y la necesidad de controlarlo todo.

Bajo su techo había visto languidecer a su madre, había conocido el peso de una mano sobre su piel y la fuerza de un violento puño. En un corto espacio de tiempo había experimentado el horror, el dolor y el miedo, uno que, odiaba admitirlo, no había superado todavía.

Había tenido que ver a su madre convertirse en una víctima del sistema de la alta sociedad, desvanecerse día a día hasta que su corazón no soportó seguir latiendo. Pero antes de que la vida

se le apagase, quizá en un intento de lavar su propia conciencia, reunió el coraje suficiente para hablarle de su hermano, alguien con quien compartía la línea materna, un niño que había nacido seis años antes que ella y al que su familia había obligado a abandonar en un intento de borrar sus pecados.

«Búscales, Beatrix, encuéntrale y dile que me perdone, dile que nunca le olvidé, que le quise del mismo modo que te quiero a ti».

Desde el mismo instante en que le dieron sepultura en el panteón familiar y a un año de alcanzar la mayoría de edad, le dio la espalda a todo lo que había sido, conservó el apellido de su padre, el único cuyo recuerdo le evocaba paz y se lanzó a un mundo demasiado duro para una jovencita de diecisiete años que siempre había estado metida entre algodones.

Ahí fuera aprendió a valerse por sí misma, a desplegar las alas y volar por sí misma. En cuanto cumplió los dieciocho dejó de esconderse, buscó la manera de estudiar aquello que sabía podía servirle en el futuro y emprendió la ardua tarea de encontrar a su hermano.

Y el destino quiso que ese encuentro se produjese seis años atrás, cuando entró en aquel refugio y conoció a un joven arconte invidente que, nada más tenerla cerca, supo de inmediato quién era ella.

Tenía que admitir que se había quedado en shock al darse cuenta de que su hermano era arconte, pero esos ojos carentes de visión eran una réplica exacta de los suyos y los de su madre, incluso en sus facciones había cosas de ella, no demasiadas, pero sí las suficientes para saber que había lazos de sangre que los unían.

Desde el momento en que lo encontró no volvió a separarse de él, sus ideas preconcebidas, las formas en las que se había imaginado aquel reencuentro se esfumaron bajo el peso de la realidad. Daniel podía ser unos seis años mayor que ella, pero debido a su ascendencia arconte, su desarrollo y edad mental era más cercana a la de un veinteañero que a la de un hombre de más de treinta y cinco años.

Su propia vida no había sido para nada fácil, él también tenía una buena cuota de historias que deseaba olvidar a sus espaldas, pero todo eso había quedado atrás, desde el momento en que ambos llegaron al Bastión Arconte, su futuro adquirió una luz completamente distinta, sobre todo para él.

—Paso a paso, Profesora —se dijo—, paso a paso.

Y al mismo tiempo que aquello salía de sus labios se dio cuenta de que ahora el título de «Profesora» era tan solo su antiguo yo, pues el nuevo había atravesado un auténtico infierno antes de acabar en la *Corte Arconte* y como dama y consejera de la Reina.

Ionela guardaba muchas semejanzas con Micael. El Profesor Franklin había sido realmente su ángel de la guarda, el de toda su familia, en realidad, pero después de tratar con la nueva reina sabía que aquel espíritu vivía también en ella. Y también había visto algo más, que la chica no

tenía la menor idea de la verdadera labor a la que se había estado dedicando el hombre en los últimos años.

El profesor había sido quién había rescatado a Keira de la red de «explotadores» que reclutaban a niños sin hogar para convertirlos en sus peones. Los empleaban para rebuscar en los escombros de los edificios caídos en busca de cosas de valor, para recoger chatarra, mendigar y, en ocasiones los instruían como a rateros. Eran niños que si desaparecían, nadie echaría de menos.

Con todo, la reina había demostrado ser una mujer astuta, solía desconfiar de aquello a lo que no podía encontrarle una explicación plausible y las continuas ausencias del Profesor habían empezado a despertar sus sospechas. Pese a ello, como su hija, también conocía bien las debilidades del hombre y su necesidad de luchar para conseguir que la humanidad saliese adelante, era cuestión de tiempo que todo saliese a la luz.

Estos últimos meses habían estado protagonizados por los cambios y les había hecho frente como buenamente había podido. Todo parecía ir demasiado rápido, pero no podía negar que su permanencia en la *Corte Arconte* estaba resultando beneficiosa para Keira, así como para Daniel; especialmente para este último.

Su hermano parecía haber experimentado un cambio absoluto en el último mes y medio, el muchacho callado y precavido parecía haber salido del cascarón para convertirse en un veinteañero seguro de sí mismo e incluso algo charlatán. El estar en presencia de otros arcontes, el compartir el día a día con otros miembros de su casta le estaba devolviendo la vida a pasos agigantados y no podía sino sentirse un poco culpable por no haber sido capaz de darle eso ella misma.

El miedo a perderle, a que le ocurriese algo, la había llevado a mantenerle oculto, a procurar siempre y por encima de todo que estuviese a salvo y, al hacerlo, también lo había estado privando de lo que más necesitaba; el contacto con los suyos.

Podían compartir la misma sangre, haber nacido de la misma madre, pero al final del día su hermanito tenía colmillos y tenía una serie de necesidades que debían ser cubiertas.

Se cogió la muñeca con la mano contraria y dejó escapar un profundo suspiro.

«*Ahora todo irá bien*».

Beatrix había sido su fuente desde el instante en que se encontraron, sentía que le debía eso, después de todo, era la única familia que le quedaba, pero incluso aquello cambió tras el «*secuestro y coacción*» a los que se vio sometida por parte del *Primus del Lineage* y sus planes para obtener una posición de poder a través de ella.

Esas pocas semanas fueron un infierno, pusieron a prueba sus nervios y su temple, la obligaron a actuar cómo no lo había hecho en años y todo para mantener a salvo a sus seres queridos.

Sí, todos y cada uno de ellos habían experimentado cambios, sus vidas se estaban reajustando a la nueva realidad que tenían ante ellos, pero para poder empezar esa nueva etapa, primero necesitaba cerrar la que dejaba atrás.

Dejó a un lado los recuerdos y volvió al presente, a la habitación en la que estaba, a las cajas de cartón esparcidas por aquí y por allá que vendrían a buscar esa misma tarde para llevárselas a su nuevo hogar, ubicado entre los muros del *Bastión Arconte*.

La idea de rehabilitar algunos de los edificios que se encontraban en intramuros para alojar a los nuevos miembros de la corte había surgido en una reunión del consejo y fue bien acogida por la *Guardia Arconte*, quienes necesitaban mantener la seguridad del *Círculo Interior* ahora que la reina también residía en él. Los inmuebles se encontraban en el interior de los muros, con lo que se beneficiarían de la seguridad del complejo y, al mismo tiempo, también les daría independencia a los huéspedes o familias que se alojasen en ellos.

Así pues, tan pronto como las viviendas estuviesen acondicionadas, Daniel, Keira y ella podrían mudarse y tener un lugar propio que convertir en hogar, pero, por encima de todo, su familia tendría un espacio seguro en el que ser ellos mismos.

Miró una vez más esas cuatro paredes en las que había pasado los últimos años, el mismo lugar del que fue arrancada a la fuerza meses atrás y al que ahora volvía para darle el último adiós. Alguien había cambiado las cerraduras en su ausencia, evitando así que alguien entrase en su interior y lo desvalijase. Suponía que había sido orden del rey, quién se había encargado de tomar cartas en el asunto tras descubrirse el plan de Belford.

Si bien el *Lineage* había recibido un buen tirón de ojeras del monarca el cual vino acompañado por la destitución y degradación de rango de Belford, así como la mortal advertencia de tenerlos vigilados, el bastardo de Moor se había librado con tan solo una reprimenda; después de todo, no era sencillo castigar a un «héroe de la Alianza» por el simple hecho de seguir las órdenes del *Consejo de Venerables*.

Deslizó los dedos sobre la vieja mesa sobre la que había dejado un par de libros que procedió a meterse en el bolso, se aseguró de que las cajas estaban bien precintadas y empezó a despedirse de aquella etapa de su vida al tiempo que caminaba hacia la puerta, desde dónde ya podía ver algunos adornos navideños decorando las paredes del largo pasillo del edificio.

Venir a Londres en vísperas de *Nochebuena* le había supuesto más de una complicación y otras tantas quejas, pero no podía seguir posponiendo por más tiempo aquella visita. Necesitaba comprobar por sí misma que sus «niños» estaban siendo atendidos, que los cambios que se habían instaurado por orden real meses atrás se estaban cumpliendo, pero sobre todo, tenía que cerciorarse de que podía marcharse y continuar con su labor en Budapest, sabiendo que no les estaba dando la espalda.

Si había algo para lo que había nacido era este momento, pensó al recordar sus visitas a

Icor House y al resto de *Refugios* y *Protectorados* del territorio Arconte en los que había prestado ayuda y en los que todavía quedaba mucho por hacer.

Se detuvo tan solo unos segundos ante el umbral de la puerta principal, apagó las luces y salió cerrando la puerta tras de sí, para luego entregar esas llaves al hombre que la esperaba en el pasillo.

—Ya podemos irnos, general —le informó, sorprendiéndose una vez más de la montaña de hombre que era el arconte y la letalidad innata que parecía envolverle. Pese a ello, el *Maestro de Armas de la corte* y miembro de la *Guardia Arconte*, no la apabullaba cómo solía pasarle con los hombres de su estatura y corpulencia, los cuales le recordaban a su padrastro—. Hemos terminado aquí.

Sus ojos se encontraron con los de ella, sosteniéndole unos instantes la mirada, entonces extendió la mano y la invitó a seguir su camino.

—La sigo, *Profesora* —respondió con ese tono de voz profundo y calmado que poseía el General Boran Gladius.

Beatrix no miró atrás, se abrochó el abrigo y se ciñó la bufanda, lista para enfrentarse al frío invernal de Londres y a la última visita del día.

CAPÍTULO 7

Deambular la víspera de *Nochebuena* por Londres no era algo que Boran tuviese en su agenda, como tampoco el hacerle de escolta a aquella mujer, pero cuando la *Profesora Coulter* declaró su intención de coger un tren para trasladarse a la capital del *Reino Unido*, él fue el único que estaba disponible o lo bastante cerca cómo para no poder negarse a la *petición-barra-orden* de la reina.

La hembra humana había llegado al Bastión como parte de la comitiva enviada por el *Consejo de la Alianza*, ella era la «novia» elegida por el *Primus* del *Lineage*, la alta sociedad humana, para ocupar el lugar de la consorte del rey. Una víctima más en el juego de poder que se traían entre manos, alguien con la paciencia y estoicidad suficientes para someterse a todo aquel teatro y mantener así a su familia a salvo.

Esa era otra de las peculiaridades de la hembra humana, pues había resultado ser media hermana del joven arconte que Micael había traído consigo a la corte antes de que toda la pantomima se terminase y el propio Razvan hubiese presentado a su esposa y reina, al mundo.

Micael Franklin era un viejo conocido de la corte, un hombre que había demostrado su valía durante la *Gran Guerra* y también después, al ocupar inicialmente un puesto en el *Consejo de Venerables*, convirtiéndose en la voz de la concordia durante los años que estuvo en dicha posición. Era de la firme creencia de que podía darse una coexistencia pacífica entre las razas, así que no le sorprendió saber que él hubiese tenido algo que ver con el impulso de la actual reina, su hija, en adelantarse a los deseos de esos vejestorios y presentarse como candidata a esposa del *Rey de los Arcontes*.

El humano no era alguien que pudiese pasar mucho tiempo de brazos cruzados y, tras dejar atrás su puesto en la *Alianza*, había dedicado sus recursos y esfuerzos a velar por los más desprotegidos, lo que lo llevó a interactuar con él en más de una ocasión. Respetaba a Franklin, era un buen hombre, uno leal al rey y con unos valores que encajaban con los propios, así que no tardaron mucho en aunar esfuerzos ante un problema común. Además, el *Profesor* era un estudioso, un historiador, con una pasión absoluta por los libros antiguos y poseía conocimientos

sobre la historia de la Humanidad que se entremezclaba de forma curiosa con la propia de los Arcontes.

Contempló a la mujer que se ceñía el abrigo, se arrebujaba en la bufanda y volvía a ponerse los guantes que se había quitado dentro del edificio al poner los pies en la acera. La ciudad ya estaba engalanada para la *Navidad*, los humanos siempre parecían esperar con ansias esas fechas, esmerándose en la decoración de las calles, sus hogares y en ser todo lo que no habían sido durante el resto del año.

—Deduzco que tenía cosas importantes que hacer entre las que no se encontraban el acompañarme, General Gladius. —Su voz parecía haberse visto afectada ante el frío de la mañana, había que fijarse bastante para notar el ligero temblor que acompañaba sus palabras, pero estaba ahí. Los ojos claros se volvieron en su dirección durante los breves instantes en los que sus labios se movieron para decir—. Le pido disculpas si mis asuntos han interferido en los suyos.

—No ha interrumpido nada que no hubiese sido interrumpido ya. —Se limitó a indicarle que siguiese caminando, al menos eso la haría entrar en calor—. Imagino que si sus asuntos no fuesen realmente importantes, habría podido esperar a unas fechas más propicias para viajar hasta Londres.

Ella esbozó una pequeña sonrisa bastante irónica, acusando el tono de su réplica.

—Hay cosas que no pueden esperar —declaró adoptando un paso más firme y brioso—, y la vida es una de ellas.

Con ese último apunte continuaron andando, dejando atrás la zona en la que había estado viviendo para trasladarse a un barrio que había visto mejores días, uno que conocía bien, pues había venido con Micael, más veces de las que podía recordar, a rescatar algunas pobres almas del infierno en el que habían caído.

No dejaba de sorprenderle el que la *Alianza de la Humanidad*, que había asentado su sede en aquella ciudad, no hiciese algo más para reconstruirla, para sanear los barrios más pobres, pero habiendo visto lo que vio en aquellos barrios, sabía a ciencia cierta que los que hasta el momento habían estado al mando, solo se habían preocupado de su propio pellejo.

Eso ahora cambiaría, pensó, la reina estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano por su pueblo, por el de nacimiento y el de adopción, habiéndolo demostrado recientemente al firmar una nueva alianza con el *Maestre de la Ordinis Crucis*, así como con sus valiosas aportaciones a los planes que tenía el *sire* para hacer lo mismo con los miembros de su propia raza, aquellos que todavía vivían en precariedad.

No pasó mucho tiempo antes de que se hiciese evidente cual era el destino de la mujer. La hembra ante él pertenecía a una de las familias de sangre candidatas de la lista que le había dado a Razvan para presentar al *Consejo de Venerables*, lo que la hacía miembro del *Lineage*, su alta sociedad. Beatrix, sin embargo, no era un miembro activo de esta. Hasta dónde pudo indagar, ella

había abandonado todo contacto con sus lazos familiares tras la muerte de su progenitora, abriéndose camino en la vida por su cuenta hasta convertirse en lo que era hoy en día; educadora de niños con necesidades especiales y consejera ocasional de los *Protectorados* de Budapest.

Así pues, solo había un lugar que esa hembra podía visitar un día como hoy y con la urgencia con la que la llevó a emprender ese viaje relámpago; el *Refugio de Londres*.

Como si lo hubiese conjurado con el pensamiento, llegaron a una zona de la calle que parecía estar resurgiendo de la miseria en la que había estado metida todos esos años. Los edificios más antiguos y con daños estructurales habían sido demolidos, pero los que se podían salvar estaban en distintas etapas de restauración, algunos de ellos ya terminados, como el inmueble de tres pisos, cuya fachada había sido pintada de nuevo y en sus ventanas y puerta principal lucían los típicos adornos de navidad. Incluso habían colgado de un lado a otro de la calle varias filas de luces que daban al lugar un aspecto invitante y hogareño, una silenciosa invitación para todo aquel que necesitase ayuda.

Escuchó como contenía el aliento, notó como se le aceleraba el corazón y su cuerpo perdió la tensión que había acumulado hasta el momento.

—Lo ha hecho. —La escuchó murmurar casi con reverencia e incredulidad, pero en su tono había esperanza y alegría—. ¡Lo ha hecho!

Su grito y la palmada que lo acompañó lo sobresaltaron, pero no fue nada en comparación con escucharla reír, viéndola girar sobre sus propios pies y dedicarle una preciosa sonrisa mientras insistía:

—¡Lo ha hecho!

En un momento la mujer estaba ahí, riendo, con los ojos chispeando de alegría y al siguiente se había abalanzado sobre él, agarrándolo por la pechera de la chaqueta para tirar hacia abajo y depositar un sonoro beso en su mejilla.

—¡Lo consiguió!

Tan rápido como lo había sujetado, lo soltó, giró sobre sus pies y arrancó a correr hacia la puerta abierta del edificio, la cual traspasó antes de desaparecer en su interior.

Boran se quedó allí unos instantes, estupefacto, sin saber muy bien qué coño acababa de pasar y, al mismo tiempo, azorado por la calidez que le había provocado el contacto de la humana. Se llevó los dedos a la cara, frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Que los antiguos me protejan de la locura de las hembras humanas —masculló al tiempo que hacía una mueca y se preparaba para esperar su regreso fuera del edificio.

CAPÍTULO 8

*Círculo Interior,
Bastión Arconte,
Budapest.*

Aquel salón nunca le pareció tan acogedor como en aquel preciso momento. Ionela paseó la mirada por toda la estancia y no pudo evitar sonreír al ver como su visión de la *Navidad* iba cobrando forma con los adornos que había traído consigo, así como con los detalles que había recibido en esos días de algunas de las personas que habitaban el palacio. Fue algo inesperado, un comentario de una de las doncellas encargadas del mantenimiento del *Círculo Interior* que derivó en algo mucho más grande.

Estaba tan acostumbrada a su presencia que, tras saludarla educadamente, se había metido de lleno en su tarea. Había trasladado las cajas con los adornos de *Navidad* a aquella estancia y se entretuvo en elegir los objetos que necesitaba para la ardua tarea que tenía por delante. Razvan le había dado vía libre para decorar su nuevo hogar a su antojo, deseaba que se sintiese cómoda, que abrazase aquel lugar como suyo y no es que fuese algo complicado de hacer, pensó.

Ni siquiera se había dado cuenta de que una de las viejas bolas cayera al suelo hasta que la vio en la mano de la muchacha, quién la miraba con verdadero asombro. Como si se diese cuenta de lo que estaba haciendo, se sonrojó y procedió a entregársela de inmediato.

—La hizo mi madre cuando yo era pequeña —comentó ella de manera natural, girando la bola en sus manos para encontrar el detalle exacto que había grabado—. Le gustaba grabar dibujos que simbolizaban algo especial para ella.

La tensión de la chica había disminuido entonces un poco y se había atrevido a susurrar.

—Mí... mi abuela también hace sus propios adornos navideños —musitó, se lamió los labios y añadió de carrerilla—. Sé... sé que le haría muchísima ilusión poder haceros uno para vuestro árbol, majestad.

El *Árbol de la Reina*, recordó, así era como empezó a conocerse entre los miembros del palacio el frondoso abeto que ahora presidía una pared del salón y que se iba llenando poco a poco con los adornos artesanales que fue recibiendo de abuelas, nietas, madres, hijas y tías. Acarició con los dedos unas delicadas campanas talladas en madera y pintadas a mano, el regalo de la abuela de la muchacha, uno que le había llegado al corazón.

Aquella era su gente, las personas por las que luchaba, por las que deseaba crear un mundo en el que todos pudiesen coexistir en paz. Era una ardua tarea la que tenía por delante, pero estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano para hacer realidad no solo sus deseos, sino también los de su marido, de unir de una vez y por todas a la *Humanidad* y a los *Arcontes*.

Le dio la espalda al abeto el tiempo justo para extraer otro objeto de su propia caja de recuerdos y colgarlo de una de las ramas, el titilante fulgor de las llamas de las velas de su vieja y a la vez nueva corona de adviento captaron su mirada, haciéndola sonreír. Ya estaban las cuatro encendidas, había seguido su particular tradición, la cual había unido a la de su raza adoptiva, para crear una nueva y única que esperaba poder transmitir en el futuro a sus hijos y estos lo hicieran a su vez a sus hijos.

El solo pensamiento hizo que sus mejillas se ruborizaban, la idea de engendrar vida, de escuchar las risas de un niño correteando por el palacio era tan tentador como aterrador. Pero era una idea que debía ser pospuesta, ni ella estaba preparada para afrontar la maternidad y todo lo que conllevaba, ni era el momento adecuado para ello.

No quería que su hijo creciese sintiéndose entre dos aguas, deseaba que cuando llegase el momento de continuar con la línea de sangre real, su hijo o hija supiesen que llegaban a un mundo en el que el pueblo de su padre y de su madre era uno solo. Un sueño, quizá, pero uno que estaba empeñada en convertirlo en realidad.

«Lo convertiremos en realidad».

El suave eco en su mente la sobresaltó e hizo que notase la cara incluso más caliente de lo que ya lo estaba. Su marido tenía la mala costumbre de escuchar lo que no debía, aunque ya sabía que la culpa era suya, pues todavía estaba aprendiendo a usar correctamente el vínculo mental que los unía.

«¿Sabes que es de mala educación escuchar los pensamientos de los demás sin ser invitado a ello?».

Una ligera caricia, como el tacto de una mariposa le acarició mentalmente la mejilla.

«Me invitas a hacerlo cada vez que me llamas, mi reina, cada vez que me convocas en tu mente».

No pudo más que dejar escapar un suspiro ante su respuesta.

«Borra de tu mente lo que acabo de elucubrar. No es el momento, todavía estamos empezando a conocernos y nuestros planes de futuro no se van a construir solos».

«Disfruta del aquí y el ahora, vida mía, estaré a tu lado en cada paso que des, sin importar el tiempo, la distancia o las vidas que debamos vivir».

Su rey podía ser un hombre de pocas palabras, podía carecer de ese típico romanticismo o estudiada seducción, pero cuando hablaba con ella, lo hacía con el corazón, sin subterfugios y con la verdad por delante. ¿Cómo demonios no se iba a enamorar más y más con cada segundo que pasaba a su lado?

Se concentró en su vínculo y envió a través de él lo que sus palabras significaban para ella, lo que él significaba para ella, todo su amor concentrado en un único pensamiento.

«Te quiero, mi arconte».

Él acusó su declaración y se la devolvió con una propia.

«Mi luz, mi reina, eternamente».

Se desvaneció de su mente tan silenciosamente como había llegado, dejándole ese momentáneo vacío que a menudo hacía que desease dejar lo que estuviese haciendo para ir a él y comprobar que seguía en su vida.

Sacudió la cabeza, sonrió para sí y continuó colocando los adornos en el árbol.

—Y pensar que siempre vi el árbol del *Magas Kör* como el más hermoso de todo el territorio Arconte. —El comentario de Melina llegó acompañado con el sonido de sus tacones—. Querida, no sé cómo lo haces, pero consigues que la sencillez y la artesanía brillen tanto como los malditos diamantes sobre ese árbol. Has convertido esta estancia en algo hogareño, tan acogedor que me están entrando unas ganas locas de pedir que nos traigan unas tazas de vino caliente especiado, acurrucarme en el sofá y no hacer otra cosa en todo el día que ver como crepitan las llamas de la chimenea.

Ionela rio ante el comentario de la hembra arconte, resultaba chocante escuchar a alguien que siempre vestía de manera impecable y a la última moda, hablando de acurrucarse en un sofá para contemplar el fuego de la chimenea. Pero esa era Melina, su amiga más querida, su hermana del alma, la primera que le brindó su amistad y la acompañó en los primeros pasos de aquella aventura real. Era la primera de sus *Damas de la Corte*, su consejera y a quién recurría cada vez que el mundo parecía amenazar con caerse sobre su cabeza.

—Me apunto a lo de acurrucarme en el sofá, pero dejaré que te quedes con tu vino especiado y que a mí me traigan un chocolate, con un buen remolino de nata y polvo de canela — declaró y, al decirlo miró hacia una de las doncellas que estaba terminando de recoger sus utensilios. La chica captó al momento su petición, sonrió encantada de trasladar su petición y partió en silencio.

—Ah, pero es que jugáis con ventaja, majestad, sois la Reina del Chocolate —dramatizó al tiempo que se acercaba a la mesa para ver lo que quedaba dentro de la caja.

—Cada día que pasa adquiero un nuevo título, a este paso necesitaré una libreta para poder

anotarlos todos y no olvidarme a la hora de recitarlos de carrerilla.

La arconte se rio en respuesta, le dedicó un guiño y finalmente señaló el contenido de la caja.

—Te has ganado el corazón de mucha gente, Ione, cada diseño hecho a mano, cada minuto invertido, el amor que se ha puesto en cada elaboración está ahí, en cada detalle —señaló satisfecha y un poco emocionada—. Y sé que solo será el comienzo.

Sonrió, pues no tenía palabras con las que responder a algo que ella misma había sentido, para algo como aquello, ninguna le haría justicia.

—Um... veo que también te han traído adornos típicos de Hungría —comentó removiendo los envoltorios de colores que había en una pequeña cesta.

—Emese los ha hecho para mí —explicó y le estaría eternamente agradecida a la mujer por ello—. Era una tradición que tenía mi madre. He intentado seguirla año tras año, pero mucho me temo que yo no cocino ni la mitad de bien que lo hacía ella.

—Nuestra Emese tiene unas manos mágicas en la cocina —declaró y se llevó la mano al estómago—. Te lo digo yo, que he ganado dos kilos con sus guisos.

No pudo menos que enarcar una ceja ante semejante exageración, pues la arconte tenía una figura envidiable.

—Tendré que empezar de nuevo la dieta.

Aquello sí que la hizo reír.

—Los arcontes os ponéis a dieta, ¿de qué exactamente? ¿De aire?

Ella bufó, sacudió la cabeza, pero acabó sonriendo.

—Ojalá, querida, sería más fácil que renunciar a la bendita comida de nuestra *Hölgy Emese* —aseguró al tiempo que cogía uno de los coloridos adornos y lo colocaba con cuidado en el árbol, examinando con ojo crítico su posición—. No sé cómo nadie en su sano juicio podría renunciar a ella.

Dio un paso atrás y contempló su obra de arte con satisfacción, entonces cogió otro adorno y procedió a repetir el proceso.

—Y hablando de cosas a las que renunciar, Beatrix se ha ido a Londres esta mañana, ¿no?

Asintió ante su comentario.

—Necesita cerrar algunos frentes abiertos, no han sido unos meses fáciles para ella.

Su nueva dama y consejera había sido víctima de la codicia y la extorsión por parte del antiguo *Primus* del Lineage, Lord Cameron Belford. El imbécil había pensado que podría conseguir poder poniendo en el trono arconte a una mujer a la que pudiese controlar, pero con la condición estipulada por el rey, solo podía presentar a una candidata que perteneciese a determinadas familias, así que había recurrido a la violencia y al secuestro para hacer que Beatrix se plegase a sus deseos. Esa mujer había mantenido el tipo en todo momento, mostrándose

tranquila y dispuesta a aquella charada con el único objetivo de proteger a Keira, una muchacha con discapacidad psicológica de la que cuidaba y, sobre todo, a su hermano, Daniel, quién resultaba ser arconte.

En los últimos meses había tenido tiempo de conocerla más a fondo, de charlar e interactuar con ella. Su padre la conocía bastante bien, a juzgar por lo que había visto, así que sabiendo eso y confiando en su juicio, le había presentado la oportunidad de convertirse en su segunda dama de la corte y en su asesora. Necesitaba toda la ayuda posible y, sobre todo, necesitaba saber que podía confiar en la persona que tenía al lado en ese momento.

La profesora no era de las personas que se guardaba las cosas, si tenía que decir alguna cosa, te la decía a la cara, por otro lado, poseía una delicadeza absoluta a la hora de tratar con Keira y era muy buena escuchando, así como aconsejando, lo que la llevó a congeniar rápidamente con ella.

Podía no tener la misma relación que con Melina, pero Beatrix era humana, al igual que ella y eso, ya era un punto de unión, uno que sin duda beneficiaría a ambas en el mundo en el que estaban metidas.

—Espero que pueda cerrarlos y permanezca en el *Bastión* —suspiró Melina, quién había encontrado en la profesora una interesante contrincante verbal—. Esa humana tiene las ideas muy claras y una inteligencia racional. No dejes que se nos escape, por favor, estamos en inferioridad numérica frente a la *Guardia Arconte* y necesitamos hacer un frente común para ponerles en su sitio.

No pudo menos que reír ante semejante argumento.

—Me encargaré de esgrimir ese argumento si todos los demás fallan —se burló—. Por cierto, antes de que lo olvide, ¿Magnus nos acompañará finalmente en la cena de Nochebuena?

—Querida, no faltaría por nada del mundo a un acontecimiento como este —le guiñó el ojo—. Es todo un honor y un regalo invaluable el acompañaros en una noche tan especial, *majestad*.

—Oh, no seas boba —le restó importancia con un gesto de la mano—. Es una noche para estar en familia y vosotros ahora sois parte de ella.

Melina sonrió en respuesta, pero no pudo ocultar la emoción que le brilló en los ojos ante tales palabras.

—Me gustaría poder tener a todas las personas importantes para Razvan y para mí sentados a nuestra mesa mañana por la noche, solo espero poder reunir las a todas.

Su amiga captó al momento la duda subyacente en sus palabras.

—¿Siguen en la *Corte Umbra*? —preguntó, sabiendo perfectamente a quién echaba en falta—. Quizá necesites recordarle que tiene una reina...

—Lo he amenazado con arrancarle algo más que los colmillos si no se presenta a la cena y sabe que lo haré —declaró. Sí, aquellas habían sido sus palabras exactas antes de abandonar la

Fortaleza Umbra, en la que habían permanecido algunos días como invitados de la Reina Olimpia. Una de las visitas oficiales que había terminado por convertirse en una estancia de cuatro días en los que habían disfrutado de la compañía de la monarca y su consorte.

Sorin había decidido permanecer en la corte para cerciorarse de que los recientes problemas que habían sacudido su corte materna se resolvían con total satisfacción, pero también para concederle a la mujer con la que se había desposado el tiempo necesario para pactar con sus propios demonios y poder enfrentarse a la nueva situación de su vinculación.

Agda se merecía tener ese momento. La muchacha había pasado por un infierno mucho mayor del que cualquiera pudiese pensar y volver al *Bastión Arconte* no iba a ser fácil. Solo esperaba que la sorpresa que le tenía preparada el *Maestro de Sombras* fuese suficiente para hacer que plantease hacer de aquel su nuevo hogar.

El propio arconte los había puesto al corriente de su decisión antes de que abandonasen la *Fortaleza*. Razvan se había limitado a asentir y cruzar los brazos en un fraternal y sentido saludo entre camaradas, su marido sabía que cualquier decisión a la que llegase su compañero de armas, sería aceptada y respetada.

—Y con amenazas como esa, ya me dirás quién os lleva la contraria, *majestad* —se burló Melina, rescatándola de sus pensamientos.

—Yo no me atrevería.

La inesperada voz masculina resonó en la sala un segundo, haciéndola dar un respingo antes de girar sobre sí misma y encontrar esos traviosos ojos verdes posados en ella y aquella eterna pícaro sonrisa curvándole los labios, dejando a la vista parte de uno de sus colmillos.

Vestido de negro de pies a cabeza, con la única concesión de color en su chaleco, de un gris perla, el recién llegado se llevó el puño al corazón e inclinó la cabeza en señal de respecto.

—Vuestro *Maestro de Sombras* se presenta de nuevo al servicio, *mi reina*.

No dejaba de sorprenderle lo mucho que una persona podía llegar a significar, lo mucho que se podía llegar a extrañar a alguien con el que prácticamente te pasabas el día discutiendo, pero ella había echado de menos a ese hombre. Sorin era parte de ella, de una manera que no podía explicar, ese mestizo se había colado en su corazón y se había quedado ahí, como un invitado eterno. No era amor lo que sentía por él, no romántico, al menos, era como si sus sombras y la luz que Razvan decía habitaba en su interior fuesen hermanos.

Intentó adoptar una postura digna de su posición, pero acabó llevándose las manos a las caderas con gesto retador.

—Ya era hora, Sorin, ya era hora —le dijo, entonces pasó la mirada por encima de él, esperando ver a su compañera—. ¿Y Agda? ¿No ha venido contigo?

Él sonrió y echó el pulgar por encima del hombro.

—Mi ratoncita tenía asuntos que poner en orden —le informó—, y la paciencia no es

precisamente una de sus virtudes... Así que, en cuanto hemos puesto los pies en el *Bastión*, se ha puesto manos a la obra.

No hizo falta preguntar, sabía a qué se refería y tenía que admitir que la chica era valiente para enfrentarse al pasado de aquella manera.

—Entiendo —asintió, entonces añadió—. Así que... si hoy no nos dan de cenar, ya sé quién va a cocinar...

Una sonora carcajada abandonó la garganta masculina.

—Veo que no has perdido la vena sádica en mi ausencia —le soltó risueño—. Sé de alguien a quién le hará mucha gracia ese comentario...

Ionela sacudió la cabeza, chasqueó la lengua y cedió por fin a la necesidad de atravesar la distancia que había entre ambos para abrazarle.

—Me alegra ver que las sombras ya no te tienen prisionero —murmuró solo para sus oídos.

—Ella es quién las mantiene a raya —respondió, ciñéndola entre sus brazos—, al igual que tú, mi reina.

Dio un paso atrás y lo retó.

—Más te vale que la trates como a una princesa.

—Como si ella fuese a permitirme hacer lo contrario —soltó con tal gesto contrariado que no pudo menos que romper a reír.

—Bienvenido a casa, Sorin —declaró contenta de tenerle allí y, sobre todo, de verle así.

—Aquí estoy, *mi reina* —afirmó, entonces se tomó un momento para mirar alrededor, saludó a Melina, quién le correspondió de igual modo y se entretuvo en mirar el árbol—. Así que este es el famoso *Árbol de la Reina*.

—¿También ha llegado a tus oídos?

Él se limitó a dedicarle un guiño, cruzó la sala y se acercó al abeto.

—¿Puedo contribuir también?

Parpadeó ante su inesperada petición, pero asintió expectante.

No hizo más que mover los dedos cómo quien moldea el aire, las sombras acudieron a su llamado y en un abrir y cerrar de ojos se reunieron hasta formar una densa bola de humo negro que adquirió solidez. Entonces, cómo si la luz surgiese de su interior fue surcando la negrura y creando filigranas hasta terminar con un patrón de estrellas blancas sobre el fondo negro.

—De mi compañera y mío, para ti.

Se acercó a coger la finísima pieza, la acarició y notó esa dualidad en el perfecto cristal. Sí, era de ambos, una representación perfecta de la pareja que se había unido recientemente y una promesa de futuro.

—Gracias a los dos —murmuró, colgó la bola en un lugar en el que se viese bien y se

volvió hacia él—. Feliz Navidad, *a testvérem*^[4].

Los ojos verdes se abrieron ligeramente con sorpresa, entonces se llenaron de calidez y asintió.

—Feliz Navidad, Ione.

CAPÍTULO 9

*Círculo Interior.
Corte Arconte,
Budapest.*

La sensación era extraña, casi irreal, pero había cosas que seguían igual después de casi ocho meses de ausencia. Agda había recorrido tantas veces aquellos pasillos que ni siquiera la ligera decoración navideña que ahora los decoraba cambiaba las cosas. Estar de nuevo allí la transportó un año atrás, a uno de los pocos momentos de los que realmente había disfrutado estando entre esas paredes, en el que, por un breve instante, se permitió volver a ser ella misma, aquella jovencita que disfrutaba de las tradiciones, las risas y la familia en un lejano pueblo de Noruega... Solo por un breve instante, pues con la luz del nuevo día, todo volvería a ser igual y culparía una vez más de su suerte a la raza que se lo había arrebatado todo.

Un año, toda una vida de cambios, de descubrimientos, de lucha encarnizada para salir adelante, para recuperar aquello y había perdido y encontrar en el proceso lo que jamás pensó que tendría; alguien que la amase a pesar de sus pecados.

Avanzó por aquellos pasillos sintiéndose ahora una intrusa, reprochándose a sí misma sus decisiones pasadas, pero sabía perfectamente que no podía borrar lo que había hecho, ni tampoco cambiarlo, solo podía seguir adelante y hacer frente a lo que viniese.

Pared tras pared, pasillo después de pasillo, escaleras y puertas, cada paso, cada giro la acercaba inexorablemente al lugar al que debía ir, aquel en el que debía estar, el único que a aquellas horas contaría con la presencia de la persona a la que debía, como poco, una enorme disculpa.

El aroma de las especias, del pan de jengibre y del chocolate parecían mezclarse al emerger

del área de cocina, una en la que había pasado la mayor parte del tiempo que estuvo sirviendo en el Palacio. El murmullo de voces se fue haciendo más audible a medida que avanzaba, agudizó el oído intentando reconocer alguna de ellas y no tardó mucho en poder ponerle cara a dos de ellas, pues las otras le eran completamente ajenas.

Reconocía el tono, la cadencia de las voces, incluso sabía la forma en que gesticularía cada una de las muchachas a las que correspondían, pues había pasado el tiempo suficiente con ellas cómo para recordar cosas tan particulares.

Las dudas la asaltaron al momento, el miedo empezó a levantar las orejas y supo que si no le ponía freno en ese mismo instante, no tendría el valor para hacer lo que tenía que hacer.

—La reina está decorando el abeto con los objetos que le han ido obsequiando nuestros familiares —escuchó que decía una de las voces conocidas—. Me ha emocionado tanto ver el cariño y el respeto con el que los estaba colocando...

—Nuestro *sire* ha elegido bien —respondió alguien más, pero el tono y la forma de hablar le era completamente desconocida—. La reina es una mujer extraordinaria y no agacha la cabeza ante nadie...

Sorin la había puesto al corriente sobre la purga que se había llevado a cabo después de que ella abandonase el Bastión. El General Kouros había decidido hacer una limpieza a fondo, pues no podía creer que hubiesen tenido no una, sino dos traidores en el seno del *Palacio de Sangre*; la doncella que le había sido asignada a la reina y ella misma.

El personal que habitaba o trabajaba en el *Círculo Interno* había pasado por una minuciosa investigación después de aquello, muchos habían sido reubicados en otros lugares o trabajos, dejando únicamente en el corazón del territorio arconte aquellos que demostraron estar libres de cualquier tipo de mancha. Por lo tanto, no le sorprendería si tan solo quedasen un par de rostros conocidos de su etapa en aquel lugar, pero eso no hacía más fácil la tarea que la había llevado allí, sino todo lo contrario.

—Ojalá todos fueran capaces de elegir igual de bien con quién se van a la cama —rezongó otra mujer, cuya voz, además de algo grave, contenía una pizca de sarcasmo—, se evitarían sorpresas desagradables...

—Evania, si ya has terminado aquí, puedes subir y encargarte de poner la mesa para esta noche —ordenó con su habitual ímpetu la única mujer a la que ninguna se atrevería a desafiar o levantar siquiera la voz. Hölgy Emese era una hembra arconte que se decía había estado al lado de la madre del rey y, cuando esta falleció, permaneció al lado del entonces príncipe como promesa hacia ella—. Serán necesarios dos servicios más.

—¿Dos servicios? —preguntó alguien más con palpable curiosidad.

—¿Eso quiere decir que el Maestro de Sombras ha vuelto a casa con su nueva esposa?

—Oh, espero que no, no quisiera estar en el mismo lugar que la humana que traicionó a los

nuestros. —El disgusto presente en la voz a la que ya etiquetaba como Evania, la tomó por sorpresa. No recordaba haber estado jamás en presencia de esa mujer, así que solo podía suponer que sería una de las arcontes de bajo rango que solían ocuparse de ciertos menesteres en el palacio.

No todo el personal femenino que se encargaba de las tareas de limpieza, acondicionamiento y avituallamiento del palacio eran humanas, había coincidido con otras hembras arcontes que trabajaban en el Bastión por comida y cama o para sacarse un sueldo extra con el que colaborar a sus familias.

—Guárdate para ti tus comentarios viperinos. —Reconoció la voz de la mujer que se exaltó y no pudo sino sorprenderse ante su ardua defensa, pues no se habían llevado especialmente bien—. Si Lord Dragolea se ha vinculado a Agda Melev es porque esa pobre chica era inocente. Fuese cual fuese el motivo que la trajo hasta aquí o el crimen por el que se la acusó, quedó totalmente desestimado cuando nuestro sire y su majestad le concedieron el indulto.

—Es posible que Agda cometiese un error, que mintiese por alguna razón y aun así, fue ella la que consiguió esa reunión del *Maestre de la Orden* con nuestra reina...

¡Señor! Durante el tiempo que había estado sirviendo en el Palacio, si bien se había enterado de algunos chismes, al igual que todo el mundo, nunca había asistido a un debate tan exaltado como aquel.

—Nuestra reina es demasiado benévola, si yo hubiese mordido la mano que me da de comer, se me caería la cara de vergüenza ante la sola idea de tener que volver a este lugar y enfrentarme a aquellos a los que traicioné —clamó la tal Evania.

—Eva, tú solo estás enfurruñada porque Lord Sorin prefirió a una humana antes que a ti.

—¡No digas estupideces!

Pero no parecía una estupidez, pensó al escuchar la rápida y rabiosa respuesta.

—No tiene necesidad de pedir perdón, ¿por qué lo haría? —intervino alguien más—. Ahora es un miembro de la corte, no un simple criada...

—Porque, allá de dónde vengo, cuando te has equivocado, cuando has hecho algo y ha repercutido en el bienestar o la confianza de otras personas, lo honorable es tratar de enmendar tus errores. —No pudo quedarse parada por más tiempo, no cuando ella era el objeto de discusión. Atravesó el umbral, atrayendo la atención de todas las presentes y causando en ellas distintas emociones que iban desde la sorpresa, pasando por la incredulidad e incluso el desconcierto—. Y sobre todo, pedir perdón por tus faltas...

Posó la mirada en cada una de las mujeres presentes y se detuvo especialmente en aquellas que conocía, empezando por sus antiguas compañeras.

—Lamento lo que mi presencia y mi partida os ha hecho pasar —admitió con total sinceridad—. No supe que habían... expulsado a más gente por mí causa...

Imara, quién había salido en su defensa, a pesar de no haberse llevado nunca especialmente bien, levantó ligeramente la barbilla y le dedicó esa mirada altiva que ya conocía, pero su tono, no fue acusatorio.

—Hicieron limpieza —declaró la mujer con un encogimiento de hombros—. Algo necesario, después de todo, aquí vivimos todas, *miladi*.

Escucharla darle aquel trato le provocó un vuelco al estómago.

—No es necesario, sigo siendo... *yo*.

Mariska, la más joven del grupo y con quién había tenido una afinidad especial, se adelantó y le dedicó una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Lo sabemos —comentó la muchacha, que no dudó en cogerle la mano y apretársela suavemente, un gesto para el que no estaba preparada—. Espero que, cuando tengas tiempo, te reúnas con nosotras y nos cuentes absolutamente todo lo que has pasado desde que nos dejaste.

Abrió la boca para decir algo, pero la firme voz de Emese interrumpió su respuesta.

—Volved a vuestros quehaceres —las apremió al tiempo que deslizaba una bandeja ya preparada y se la entregaba a Mariska—. Lleva el vino especiado y el chocolate al salón antes de que se enfríe, a su majestad le gusta tomarlo a sorbitos mientras está caliente.

—Sí, señora.

—Ivanka, sube a ayudar a Evania y asegúrate de que la mesa queda puesta para esta noche.

—Sí, Hölgy Emese.

—Imara, ocúpate de la *Suite Real* de su majestad, la reina —concluyó, repartiendo rápidamente y con eficiencia las tareas que todas ellas no dudaron un solo segundo en seguir.

—Sí, señora.

Agda fue consciente de las miradas de algunas de ellas cuando salieron y asintió a Mariska, aceptando tácitamente su petición de reunirse con ella en cuanto le fuese posible, para finalmente volverse hacia la hembra arconte que gestionaba el buen funcionamiento del *Círculo Interior del Palacio de Sangre*.

El silencio se impuso en la cocina y, mientras la miraba y se encontraba con la fría e intensa mirada de la mujer, en un rostro que no mostraba signo alguno de bienvenida, todo lo que había ensayado delante del espejo, todo lo que había querido decirle, se esfumó de su mente y solo quedó una cosa.

—Lo siento.

Se lamió los labios, respiró profundamente y soltó el aire en un cansado suspiro.

—No espero que entendáis mis motivos, ni siquiera que perdonéis mis faltas, pero no me sentiría bien conmigo misma si viniendo aquí, no reconociera mis errores y os dijese que lamento haberos causado problemas —admitió con total sinceridad—. Siento haberos fallado, Hölgy Emese.

La mujer no dijo una sola palabra, ni siquiera reaccionó, se limitó a mirarla de la misma manera, cómo si cualquiera cosa que pudiese decirle no le importase lo más mínimo. Su posición era de absoluta indiferencia y fue suficiente para decir que había acabado allí.

—Lamento haberos importunado —concluyó ella y se esforzó por mantener la cabeza en alto—. Os dejaré para que sigáis con vuestras...

El sonoro golpe de la palma de la mano abierta sobre la superficie de la mesa la hizo dar un respingo y volverse hacia ella.

—Sirve dos tazas de té y siéntate —ordenó la mujer con un tono de voz entre irritado y contrariado—. Vamos, muchacha, supongo que tendrás mucho que contar, así que espabila.

No supo que le sorprendió más, si el que la mandase a hacer té o el cambio de tono en su voz, al decirle que se diese prisa para poder contarle todo lo que debía oír.

—El té, niña, vamos —la acicateó—. No tengo toda la tarde.

El corazón se le aligeró, los ojos se le empañaron, pero se las obligó para parpadear con rapidez y mantener las lágrimas a raya. No era el momento de llorar, demasiadas lágrimas había derramado ya, necesitaba ponerse las pilas y preparar el té.

Algunos minutos después, con sendas tazas sobre la mesa y el pecho mucho más liviano, Agda se sentó a la mesa. La mujer no tardó en darle un sorbo a su bebida y, tras comprobar que estaba a su gusto, asintió y le indicó con un gesto.

—Bien, ya puedes empezar.

Se lamió los labios, asintió y vaciló unos segundos.

—Por dónde empezar...

—Por el principio, niña —señaló cogiendo de nuevo la taza para llevársela a los labios—. Empieza por el principio y ve desgranando todo poco a poco y ya veremos... si este año habrá un regalo para ti debajo del árbol.

Ese sutil recordatorio la remontó a las *Navidades* pasadas, a un abeto y a una cinta del pelo que había unido su destino al del hombre que amaba sin que ninguno de ellos hubiese sido consciente de ello.

CAPÍTULO 10

*Halászbástya.
Bastión Arconte,
Budapest.*

—Debiste haber dejado que la estrangulara.

—Razvan no necesita un incidente diplomático iniciado por la falta de paciencia de su primer general.

—Habría escondido el cadáver.

—Me abruma tu espíritu navideño, Dalca.

El general gruñó, atravesó como una tromba el pasillo y atravesó el umbral de la sala arconte totalmente vacía. Caminaba de un lado a otro como un león enjaulado, algo que le habría causado gracia de no ser por el alterado humor de su amigo.

Si había alguien capaz de sacar a Dalca Kouros de quicio, esa era la infame Arcana Blaise, una mujer nacida en el pasado para convertirse en la eterna condena del general; o eso era lo que siempre proclamaba.

—Todavía no entiendo como demonios se ha salido con la suya —farfulló—. Esa perra maldita...

Puso los ojos en blanco.

—Es buena manejando a los hombres, casi tanto como lo es con una espada en la mano.

—Es veneno puro, eso es lo que es...

Se abstuvo de contestar, no había nada que pudiese decir al respecto o, para ser más preciso, nada de lo que pudiese decir al respecto le gustaría ni un pelo al arconte, así que, ¿para qué molestarse? Había cosas que era mejor que simplemente sucedieran sin más, que se experimentasen, pues era la única manera de encontrarles sentido.

—¡Maldita sea! —masculló golpeando la mesa—. Medio año detrás de esa contrata y nos la

ha robado en nuestras propias narices.

—Lo cual pone de manifiesto el poco sentido de compromiso que tiene esa compañía —comentó—. Si lo miras bien, la *Argely* nos ha hecho un favor al quitarnos de encima un socio tan voluble. A la larga habríamos tenido problemas...

—El único problema que tenemos es esa maldita y sádica gallina —tronó y con él se hicieron eco los cielos.

Los oscuros nubarrones que un instante antes habían pronosticado una incipiente nevada, habían empezado a cambiar de color, el viento apacible empezaba a soplar con más fuerza y si el *Maestro de Tormentas* aquí presente, no se dominaba pronto, lo que prometía ser una agradable *Nochebuena* blanca, iba a convertirse en una violenta tormenta que caería con toda la intensidad de las emociones del arconte sobre el *Bastión*.

—Si bien a la reina le encanta la idea de tener unas *Navidades Blancas*, dudo que piense lo mismo de la tormenta que se está formando sobre nuestras cabezas, *Maestro de Tormentas* —le recordó oportunamente, señalando con el pulgar hacia arriba—. Quizá deberías empezar a practicar yoga, dicen que es muy beneficioso para alterados estados de conciencia.

—Mi estado de consciencia está en perfectas condiciones —gruñó acompañando sus palabras de un luminoso relámpago que pareció replicarse durante un breve instante en sus tormentosos ojos.

Estaba claro que iba a necesitar unos minutos para aplacarse, así que procuró mantenerse en silencio mientras lo dejaba lidiar consigo mismo.

«¿Qué le pasa a Dalca?».

La pregunta se filtró en su mente con fluida suavidad, el tono subyacente en la voz del rey dejaba palpable su curiosidad ante el repentino cambio en el tiempo. Habiendo permanecido al lado del general durante tanto tiempo, Razvan conocía muy bien los cambios de humor de este y que solo perdía los papeles en contadas ocasiones.

«*Arcana Blaise*».

Ese nombre fue suficiente para que el propio monarca suspirara y asintiese con la cabeza en su mente. Si había alguien al tanto de lo ocurrido entre esos dos, era él.

«¿Ella sigue viva?».

«*Por el momento, respira, aunque no sé por cuanto tiempo más pues es capaz de sacar de quicio al propio Dasan*».

Y era un milagro que el líder de los *Argely* no hubiese puesto todavía en su sitio a su mano derecha, pues la paciencia no era algo que se encontrase entre sus aptitudes.

«*Esperemos que sea él y no Dalca quién acabe finalmente con su vida*». Declaró el rey y lo hizo con tan rotunda afirmación que no pudo más que hacer una mueca

«*Tanto como me gusta la idea de librarme de esa irritante hembra Argely, me temo que su*

destino no es ni remotamente perder la cabeza a manos de un arconte». Comentó, aunque no dijo nada sobre sus alas.

«*Bien, será un problema burocrático menos del que tener que hacerme cargo*». Replicó y parecía casi aliviado por ello, cosa que le hizo sonreír. «*La reina está al tanto de vuestro regreso y quiere que os informe que espera puntualidad en la cena de esta noche*».

No pudo menos que sonreír ante el tono que percibió en la voz del rey; alguien debía haber estado ansiosa la mayor parte del día.

«*Sorin ha regresado esta mañana con su compañera*».

Sí, lo sabía. El joven arconte había vuelto a casa, el lugar en el que debía estar por el momento y lo había hecho acompañado de la mujer destinada a mantener sus sombras a raya.

El mestizo necesitaba a alguien como Agda, una hembra capaz de sacarle de sus caros zapatos, del mismo modo que ella necesitaba a alguien que la mantuviese en equilibrio, al fin y al cabo, no eran sino dos caras de una misma moneda que al fin se habían encontrado.

«*Se lo diré al general*».

Obtuvo el asentimiento del monarca en respuesta y su vínculo se desvaneció, permitiéndole concentrarse una vez más en el hombre que tenía ante él.

—Sorin y su compañera ya están en el *Bastión* —le dijo a Dalca, quién posó la mirada sobre él—. Parece que somos los últimos en regresar a casa por *Navidad*.

—No me jodas, Calix, no estoy de humor.

Era consciente de ello, muy consciente, motivo por el que siguió adelante con su habitual despreocupación.

—El *sire* tampoco —aseguró con una arrebatadora sonrisa al tiempo que señalaba el cielo—. Pero se ha alegrado de no tener que lidiar con un conflicto burocrático, así que... baja ya el volumen de la tormenta, la Reina desea cenar esta noche en compañía de toda su familia.

Ionela se había convertido en la madre de la raza, la *Reina* no solo de la *Humanidad*, sino también de los *Arcontes* y sin duda, esta noche tan señalada, marcaría el comienzo de esa nueva era por la que llevaba tanto tiempo esperando.

Hizo un rápido repaso mental, encontrando a cada una de las mentes que debían estar allí esa noche y sonrió al ver que cada una de las piezas estaban ocupando el lugar que le correspondía en el tablero, listas para iniciar aquella larga y no precisamente sencilla partida que sería la vida.

A veces era difícil limitarse a ser solo espectador, pero sus atisbos del futuro tenían más que ver con las probabilidades y con momentos fugaces, que con una película en la que las cosas estuviesen clasificadas en orden y bien escenificadas.

No era la primera vez que pensaba en la imagen que tenían sus compañeros sobre él, lo que la gente veía al mirarle, solo alguno había estado cerca de concretar quién o qué era en realidad,

pero la mayoría prefería dejarlo en algo parecido a un profesor/alumno de Hogwarts.

Sí, solo le faltaba la túnica y la varita. *¡Arriba Gryffindor!*

Algún día debería cambiar la bata de médico por la túnica de mago, sin duda sería divertido ver las caras de los usuarios de la clínica cuando lo viesen de esa guisa. Tendría que apuntarlo en la agenda para el Halloween del año que viene.

Sacudió la cabeza ante sus absurdas elucubraciones y prestó de nuevo atención al hombre frente a él, quién ya había vuelto a aferrarse al control que lo caracterizaba.

Dalca Kouros no era alguien que se dejase llevar así como así, era un militar de carrera, después de todo, un buen estratega y solía hacer gala de una fría calma que a menudo aplacaba a aquellos que estaban a su alrededor. No había arconte más leal a su rey y a su raza, su habilidad política no se quedaba atrás, lo que lo convertía en un buen consejero y hacía de él la mano derecha de Razvan.

El General Arconte solo tenía una debilidad y tenía nombre de mujer; *Arcana Blaise*.

—Esa hembra va a terminar por atarnos a todos alrededor de su dedo meñique —refunfuñó, no por primera vez, refiriéndose a la esposa de su *sire*—. Como exija cambiar el color de los uniformes o alguna fruslería parecida, dimíto.

No pudo evitar reírse entre dientes, pues sabía que algo así era poco probable que ocurriese, pero, ¿para qué quitarles la duda?

—Um... pues, estaría bien cambiar al rojo o al verde, para variar, o quizá algo más atrevido...

Su respuesta fue fulminarle con la mirada, entonces se enderezó, respiró profundamente y se vistió con su habitual estoicidad.

—Ve a entretenerte un rato con tus juguetitos —lo despachó sin más.

—Te dejaré para que puedas informar al *sire* y ponerte algo que no diga «*si el pavo se mueve es ave muerta*» para la cena —le soltó jocoso—. Necesito comprobar que mi alijo de chucherías no ha sido saqueado en mi ausencia.

—No sé quién es peor, si la reina y su adición al chocolate o tú con todas esas chucherías que guardas en los cajones de la enfermería —chasqueó sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué crees que tengo tanto éxito con mis pacientes? —declaró con total franqueza—. Porque sé lo que necesitan...

Tomando como respuesta la puesta en blanco de ojos de Dalca y su inmediata retirada, echó un vistazo a las nubes que habían vuelto a recuperar su color azul grisáceo y asintió satisfecho al ver como los primeros copos empezaban a caer.

El futuro que había estado esperando había llegado y esa nevada era solo el comienzo de lo que estaba por venir.

CAPÍTULO 11

*Bastión Arconte,
Budapest.*

—¿Qué es esto?

Sorin sonrió para sí ante la directa pregunta de su mujer.

Agda parecía haber hecho las paces consigo misma al enfrentarse al último de sus demonios; el miedo. Una visita a las cocinas y una larga charla con Emese, había devuelto la tranquilidad a su ratoncita. Era increíble como algo que parecía tan insignificante podía resultar tan importante para una persona, había sido consciente de la reticencia, de las sonrisas forzadas, de los «estoy bien» de su compañera, del esfuerzo que suponía para ella volver al Bastión y, en apenas unas horas, toda esa tensión se había diluido, sus ojos brillaban de nuevo con esa limpia tranquilidad que tan necesaria le era.

Paz. Esa era la palabra que le venía a la mente, su esposa solo deseaba paz y esperaba que con lo que tenía ante ella pudiese dársela o, al menos, contribuir a que la encontrase con el tiempo.

Sabía lo importante que era para ella tener su propio espacio, lo había visto en el mismo instante en que su piso en Praga había estallado por los aires arrebatándole las pocas cosas que había mantenido consigo a lo largo de los años.

«Todo lo que yo era se perdió o se quemó en ese instante. No lamento haberme deshecho de una parte de mi pasado de esa manera, pero ahí estaban también mis recuerdos».

Aquellas habían sido sus palabras en una de tantas conversaciones que habían tenido hasta el momento, algo nuevo para él, la verdad fuese dicha. No recordaba haber compartido tanto verbalmente con una mujer, ni siquiera con Ionela, que era quién solía tirarle de la lengua, pero

con la ratoncita lo encontraba natural y necesario.

La pérdida de todo aquello la había tocado y, si bien tanto su suite en *El Heim* de la *Fortaleza Umbra*, como en el *Círculo Interior* del *Bastión Arconte*, había espacio más que suficiente para alojarse juntos, no dejaban de ser habitaciones a las que poder volver después de un día de andar de aquí para allá, dónde poder darse una ducha, echarse una siesta o deshacer las sábanas como no habían dejado de hacer desde que la hizo suya por primera vez.

Era curioso, pero ahora entendía mucho mejor el por qué su madre había querido tener su propia residencia dentro de la Fortaleza, pues, a pesar de formar parte del palacio, podía disfrutar de su propio espacio, podía ser la señora en su propio hogar y no solo una invitada.

Su compañera de vida merecía tener un hogar propio, uno que pudiese sentir como suyo, en el que ella fuera la única mujer al mando y, debía admitir que si bien sería toda una novedad para él, también lo encontraba apetecible.

Se pasó la punta de la lengua por uno de los colmillos y respondió a la pregunta formulada.

—Están recuperando algunos edificios para proveer de viviendas independientes a los miembros más cercanos a los reyes o a sus invitados —le informó y señaló la fachada todavía con andamios ante ellos—. Esta es una de ellas, consta de tres plantas independientes que serán acondicionadas para dar cabida a tres viviendas completas. Sé que no eres fan de las alturas, pero quizá quieras quedarte con el ático.

Esos ojos ambarinos pasaron del edificio a él.

—¿De qué estás hablando? —Había verdadera confusión en su voz—. Yo me quedo contigo, dónde vayas a alojarte. Ni pienses que...

Se echó a reír, no pudo evitarlo, el verla tan ofendida le daba un aspecto incluso mono.

—Cierto, no me he expresado correctamente —admitió apaciguando—. Quizá quieras que *nos* quedemos el ático.

Esos preciosos e inteligentes ojos se abrieron de par en par mientras sus labios formaban una coqueta «o».

—¿Me estás diciendo que podemos quedarnos aquí, que podemos elegir una de las plantas para vivir en ella? —Le temblaba la voz.

—Sí.

—¿Es una broma?

—¿Te parece que bromeo?

—Contigo nunca puedo estar segura de eso, Sorin —admitió con tal golpe de razón que solo pudo echarse a reír—. ¿Lo ves? Si es que todo te lo tomas a guasa. Y que sepas, arconte, que si esto es una broma, no solo no tiene gracia, sino que es hiriente.

Negó con la cabeza y la atrajo hacia sus brazos cuando se hizo evidente que se había enfurruñado.

—Tres dormitorios, dos baños, una cocina completamente amueblada y un salón —resumió repasando el plano que había visto de memoria—. No es el Palacio, tendrá un aire algo más moderno, pero... será *nuestro*, si ese es tu deseo.

—¿Lo es? —El temblor en su voz fue tan evidente como el brillo que hablaba de lágrimas a punto de ser derramadas—. ¿Es lo que tú también deseas?

—Agda, si no fuese tan sibarita, me metería debajo de un maldito puente contigo si eso te hiciese feliz —admitió con total sinceridad—. Pero me gustan las comodidades, me gusta poder abrazar a mi mujer y quitarle la ropa en un lugar calentito, dónde haya una cama sobre la que recostarla para poder hundirme luego en ella; aunque el sofá también me vale. Y por encima de todo, me gustará cualquier lugar en el que pueda verla sonreír de la manera en que lo está haciendo ahora. A poder ser sin lágrimas, eso sí.

Su respuesta fue secarse la humedad de los ojos y sonreír, esa sonrisa a la que acababa de hacer mención.

—Estás haciendo de estas *Navidades* las mejores de toda mi vida, Sorin —admitió con una pequeña risita.

—Tu vida no ha hecho más que comenzar, amor mío, estas solo son tus primeras Navidades —declaró resbalando los dedos por su mejilla—. Entonces, ¿cuál es su respuesta, *Lady Dragolea*?

Ella miró de nuevo el inmueble, ascendiendo por la fachada hasta arriba del todo.

—¿El ático, dices?

—Las vistas son inmejorables —admitió estrechándola entre sus brazos, mirándola a ella al decir aquello—. Y prometo no volver a empujarte.

La carcajada que soltó, acompañada de un pequeño empujón le dijo que sabía muy bien de qué estaba hablando.

—Esa todavía no te la he perdonado, *capullo*.

—En ese caso, tendré que esforzarme más para ganarme el perdón —aseguró y señaló el inmueble con un gesto de la barbilla—. Entonces, ¿es un *sí*?

Los brazos femeninos se deslizaron sobre sus hombros, cruzándose tras su cuello, obligándole a inclinarse sobre ella para estar a su altura.

—*Sí*, amor mío, es un *sí* —asintió mirándole a los ojos—. Gracias por este regalo de *Navidad*.

Negó con la cabeza.

—Este no es tu regalo, vida mía, es dónde voy a desenvolver el mío —aseguró ciñéndole la cintura y capturando su boca en un beso lleno de promesas que se encargaría de hacer realidad.

CAPÍTULO 12

*Círculo Interior.
Bastión Arconte,
Budapest.*

Razvan nunca vio brillar las estrellas tanto como lo hacían esa misma noche, pero estas no estaban en el firmamento sino en su propia corte. Cada alma bajo su techo refulgía con el mismo esplendor de una estrella, tan solo variaba el tono con el que lo hacían, como si identificase a su portador y algunas eran casi tan luminosas como la de la mujer que estaba terminando de acicalarse en el tocador que había instalado en su propio vestidor.

Las puertas que comunicaban sus respectivos aposentos desde el pasillo entre los guardarropas habían desaparecido, las áreas con sus cosas se habían mantenido para dar cabida a todo el ajuar de la reina y el suyo propio, pero su consorte humana, su otra mitad, había renunciado a mantener la tradición mudándose con él y reformando su propia suite para convertirlo en un rincón confortable en el que trabajar, leer o departir con sus damas.

Y era esa misma mujer quién había reunido aquellas titilantes luces bajo un mismo techo el día de hoy, convocándolas en una noche especial para la *Humanidad* y aquellos que creían en el nacimiento de un dios hecho carne, uno que acabaría entregando su propia vida por los suyos.

Los seres humanos tenían infinidad de culturas y cada una de ellas contaba con su propia historia o leyenda, algunas de las cuales se asemejaban bastante a las suyas propias. Muchas compartían las mismas raíces, con nombres y localizaciones diferentes, pero tan semejantes que muy bien podrían haber sido las mismas, así que no era extraño el que su gente hubiese ido adaptándose con el paso del tiempo a las tradiciones como la que festejaban en esas fechas.

Esta era una noche especial para su mujer, la hacía sonreír a pesar de navegar a través de

recuerdos dolorosos, la llevaba a tener esperanza, a convertir algo como la nostalgia por los que ya no estaban en una fiesta para recordarles.

Familia. Ionela veía más allá de si eran arcontes, humanos, lores o plebeyos, si habían sido culpables de algún crimen o víctimas de ellos, creía en las segundas oportunidades, en el compañerismo, la fraternidad y el amor, creía en la familia que ella había elegido, la que desde esa misma noche perduraría vida tras vida en su corazón.

Cada una de esas brillantes estrellas formaba ya parte de su firmamento e intuía que no eran las únicas que terminarían añadiéndose a él.

—¿Puedes abrocharme la espalda del vestido?

La voz de su esposa atravesó el pasillo un segundo antes de verla aparecer con el pelo recogido, la tiara de diamantes y rubíes más sencilla que tenía en su ajuar destellando bajo la luz de las lámparas y las manos sujetando el corpiño del vestido contra el sensual *bustier* que asomaba al llevar todavía flojo el trenzado del corsé.

—De verdad, voy a pedir que empiecen a poner cremalleras a todos mis trajes —declaró dándole la espalda, ofreciéndole toda esa cremosa piel blanca—. Es una tortura lidiar con todos esos lazos yo sola.

—Tu vestuario ha sido creado en base a la tradición, pero si deseas hacer cambios, solo tienes que convocar a las costureras.

Ella suspiró y ciñó la tela a su talle para que pudiese apretar cada tramo de cintas hasta cerrar completamente la parte baja de la espalda del vestido. Si bien podía haber utilizado su poder para cerrar el corsé en un abrir y cerrar de ojos, la oportunidad de poner las manos sobre su piel no era algo que quisiera desperdiciar, por no mencionar que el hacer algo por ella con sus propias manos le hacía sentirse bien.

—¿Por qué cada vez que oigo la palabra *tradición* siento que acabo de meter la pata? —la escuchó suspirar.

—Tienes derecho a... *meter la pata*, eres la reina.

Su respuesta fue dedicarle «esa» mirada por encima del hombro, cosa que lo hizo sonreír. Empezaba a darse cuenta de que era algo que hacía mucho a su alrededor.

—Gracias por esa apreciación, majestad.

Continuó apretando los lazos en silencio, sabiendo que la mente femenina era un hervidero.

—¿Crees que he hecho bien al insistir en reunirles a todos? Sé que es algo normal para los humanos que celebramos la *Navidad*, pero...

—Cada persona que está hoy en el Bastión, que está aquí, en el *Círculo Interior*, ha venido por propia voluntad, están aquí para formar parte de una nueva tradición y tú eres quién lo ha hecho posible —aseguró con tranquilidad.

Terminó atando las cintas del corsé y dejó que se girase por completo hacia él, la ciñó de la

cintura y admiró a la pequeña humana que se había convertido en su mundo.

—Por primera vez en... quién sabe cuánto tiempo o si se dio antes de ahora, nos sentaremos juntos alrededor de una mesa Humanos y Arcontes —resumió—. Lo haremos no solo como iguales, no solo como amigos, sino como familia, una gran familia unida.

Los ojos verdes femeninos adquirieron esa calidez que lo calentaba manteniendo a raya su propia oscuridad.

—Nuestra familia, amada mía, la que permanecerá a nuestro lado hasta el fin de nuestros días.

Ella asintió, respiró profundamente y preguntó:

—¿Qué tal estoy?

—Mis ojos ven a la otra mitad de su alma, una hembra que brilla con luz propia —declaró sincero—. Los demás, verán a su reina.

El sonrojo cubrió sus mejillas, pero era la sonrisa que curvaba en sus labios y la risa que burbujeó en su garganta lo que lo calentó por dentro.

—Prueba a decir esto, Razvan —le dijo cogiéndole el rostro entre las manos, obligándolo así a inclinarse sobre ella—. *Estás muy guapa, Ionela.*

—Estás muy guapa, Ione —respondió llamándola con el diminutivo que había escogido para ella—. Siempre lo estás.

—Perfecto —rio y lo besó en los labios—. Ahora reunámonos con nuestra familia, mi amor.

Le devolvió el beso, impidiendo que se separase de él tan rápido para luego permitirle cogerle la mano y tirar de él fuera de ese mundo que habían creado solo para los dos.

CAPÍTULO 13

*Salón del Círculo Interior.
Bastión Arconte,
Budapest.*

Un hogar. Una familia. Una que no era solo de sangre, ni solo de corazón, a aquellas personas las unía un vínculo más fuerte, uno que todavía empezaba a descubrir y que hacía que entendiese mucho mejor lo que Razvan quería decir. Ser rey significaba convertirse en padre de gente con la que no compartías líneas de sangre, pero a la que querías proteger y procurar su bienestar por encima de todo. No tenían que pertenecer a tu círculo social, ni siquiera tenían porqué conocerles todavía, pero en el momento en que lo hicieras, se convertirían en tu familia.

Ionela deslizó la mirada sobre el abeto y recordó la historia de cada objeto que le había llegado, cada persona que se escondía detrás, su gente, su familia, aquellos a los que deseaba proteger. Echó un vistazo al hogareño salón ahora lleno de gente que charlaba, reía y compartían aquel momento de tranquilidad y armonía después de una entrañable cena. Allí no había humanos o arcontes, no había reyes y plebeyos, solo compañeros, amigos y familia.

Vio a Sorin susurrando algo a su compañera, haciendo que esta sacudiese la cabeza al tiempo que se sonrojaba. La felicidad que brillaba en los ojos de su amigo había ahuyentado las sombras que solían habitar en ellos y sabía que la responsable era la pelirroja vestida de negro, en cuyo pelo parecían haberse quedado prendidos pequeños copos de nieve eterna en forma de brillantes. Tenía que admitir que había tenido dudas de que Agda fuese a plegarse a los encantos del *Maestro de Sombras*, cuando la vio en las mazmorras se encontró frente a una mujer combativa y que tenía grandes razones para odiar a muerte a los Arcontes, así que verla ahora mirando a su marido con esa íntima complicidad, habiéndola tratado de nuevo y sabiendo lo

mucho que esa muchacha había perdido en todos esos años, solo podía sentirse feliz por ambos; cualquiera que los viese juntos sabría sin lugar a dudas que allí había amor.

Bajó la mirada y se rio en voz baja, acababa de verse a sí misma como una *Gallina Clueca* preocupada por sus polluelos. Sacudió la cabeza y, cuando volvió a levantarla, sus ojos chocaron al momento con los de su mejor amiga.

«*¿Todo bien?*». Articuló, permitiéndole leer aquella pregunta en sus labios.

Asintió en respuesta y ella le guiñó un ojo antes de volverse a prestar atención a alguna cosa que decía Dalca, quien acompañaba a Razvan y al hermano de la arconte, Magnus, quién parecía tan emocionado como azorado al tener para sí la atención de su *sire* y uno de sus generales.

Como si su pensamiento lo hubiese convocado, los ojos marrones de su marido se deslizaron en su dirección, enarcó una ceja rubia y escuchó la pregunta que reflejaba esa expresión en su mente.

«*¿Estás bien?*».

Sonrió abiertamente y de manera natural y asintió.

«*Mejor que bien*».

Y así era, no cambiaría ni un solo minuto de aquella noche. La cena, la compañía de sus amigos, de su padre, su familia, todos estaban allí y ese era el mejor regalo que la vida había podido hacerle.

Envió un beso mental a su marido y buscó a su padre con la mirada, encontrándole enfrascado en alguna nueva historia con Beatrix, quien asentía fervientemente a su explicación para participar al mismo tiempo enfatizando su respuesta con un gesto de la mano.

Y hablando de gestos... El inesperado movimiento de Calix aferrando a Cadegan del cuello y diciéndole algo al oído que, a juzgar por el rostro del antiguo miembro de la *Guardia Arconte* y actual guardaespaldas, no le había gustado un pelo, llamó su atención.

Invitar al arconte había sido un impulso, pero al verle allí, entre los hombres que habían sido sus hermanos, supo que ese era el lugar en el que debía estar. Ya era hora de que ese insufrible soldado fuese perdonado por sus hermanos, pero para ello, sabía que primero tendría que perdonarse a sí mismo y aquello podría llevar algo más de tiempo.

No sabía qué clase de vínculo habría tenido con el resto de la Guardia, pero viendo la manera en que la hermandad cuidaba de sus miembros, no le cabía duda de que antes o después ese hombre exiliado acabaría volviendo al lugar que le correspondía.

Dejó a los dos hombres con sus cosas y se giró para ver a Emese avanzando hacia ella. La arconte estaba encantadora vestida de verde, parecía incluso más joven de lo que se la veía siempre y sus labios se curvaron en una cariñosa sonrisa en cuanto sus ojos hicieron contacto.

—Mí reina —ejecutó una delicada y breve genuflexión.

—No sé qué habría hecho sin ti esta noche, querida Emese —aseguró tomándole la mano—.

Te agradezco tanto el que me hayas ayudado a preparar todo esto... Tus manos son de oro.

—Dejad de halagarme o haréis que se me suba el ego.

Sonrió y se inclinó para que solo ella oyese su respuesta.

—Ambas sabemos que eso es difícil de creer.

Ahora fue la dama la que sonrió corroborando sus palabras y apretando al mismo tiempo sus dedos.

—Tu felicidad es la suya —señaló indicando con un gesto de los ojos el lugar en el que estaba el rey—. No hay nada que me llene más que ver que al fin la luz brillando en sus ojos, una que solo tú has puesto ahí. No te alejes nunca de su lado, mi reina, juntos daréis un nuevo sentido a este mundo.

—Nunca dejaré su lado, eso te lo prometo.

La arconte asintió emocionada, apretó una vez más su mano y señaló el salón a modo de silenciosa respuesta.

—El deber me llama.

La dejó ir, siguiéndola con la mirada mientras cruzaba la estancia e intercambiaba unas palabras con la muchacha que acababa de entrar trayendo consigo una bandeja con finísimas y hermosas copas de cristal con un burbujeante líquido ambarino que empezó a distribuirse entre los presentes.

Se dio la vuelta dispuesta a ir hacia Razvan cuando se fijó en la particular escena que se llevaba a cabo un poco más allá. Índigo Moon permanecía sentada en una silla en compañía de Daniel, el hermano arconte de Beatrix, la ciega que ambos compartían había hecho que la dulce humana sintonizara rápidamente con el joven arconte, quién parecía haber madurado de golpe en tan solo un par de meses, algo que sin duda se debía al hecho de contar con miembros de su propia raza a su alrededor. La joven Keira, vestida con su precioso vestido rosa pastel, sonreía con una inocencia infantil que enternecía el corazón, Razvan había decidido hacerse cargo de la muchacha y, con el permiso de Beatrix, había obtenido su tutela para que pudiese desarrollarse en las mejores condiciones posibles. Esa muchacha era un regalo en sí mismo, uno que muy pocas personas se atrevían a conocer.

Cerca de ellos, como un vigilante halcón, Orión mantenía su estoica expresión, pero su mirada solía deslizarse de cuando en cuando hacia la mujer invidente, como lo hacía en ese momento. La doncella se paró a su lado con la bandeja y, tras mirarla, tomó dos copas y entregó una de ellas a Índigo, quién se giró incluso antes de su llegada como si lo presintiese.

Le había sorprendido saber que esos dos estaban unidos por un *Contrato de sangre*, pues eran dos personas que podían catalogarse como el día y la noche, con todo, esa noche había descubierto también que el Ejecutor no era el capullo integral con un palo metido por el culo que había retratado en su mente, la manera en la que se adelantaba a las sutiles necesidades de la

muchacha decían mucho sobre quién se ocultaba realmente bajo el pellejo de Orión Candia.

Y tan extraño como resultaba a primera vista el verles juntos, había algo en esa imagen que encajaba como la pieza de un puzle, pensó al tiempo que notaba una fuerte mano de dedos largos deslizándose alrededor de su cintura y dejándola sobre la parte baja de su espalda. No tuvo que mirar para saber que se trataba de su marido, solo él la acechaba como si fuese una sombra.

—Índigo Moon le salvó la vida hace un año y medio —le susurró al oído, leyéndola como un libro abierto.

—¿Por eso han firmado un *Contrato de Sangre*? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Orión ha contraído con ella una deuda, protegerla es un buen motivo para que siga viviendo —comentó.

Se estremeció ante sus palabras, si bien no eran noticias que no hubiese escuchado antes, la entonación que había dado Razvan a sus palabras, arrojaba una luz extraña a su significado.

—Espero que nunca llegue a necesitar que le devuelva el favor —musitó.

Escuchó el suspiro de su marido, algo inusual en él.

—Eso ya lo hizo.

Lo miró con intención de preguntar, pero se encontró con una copa en la mano y la voz de Sorin pidiendo la atención de todos ellos.

—*Sire*, mi Reina... creo que hablo en nombre de todos los presentes al desearos... —La campana del reloj empezó a marcar la medianoche, anunciando la llegada del veinticinco de diciembre—. ¡*Feliz Navidad!*

Las copas se levantaron en toda la sala, las miradas se volvieron hacia ellos y el brindis fue repetido por todos y cada uno de los presentes.

—*Feliz Navidad* a todos —declaró al mismo tiempo, correspondiendo a sus buenos deseos—. Y gracias por compartir este año las fiestas conmigo... Con nosotros.

—Mi reina, no nos lo perderíamos por nada del mundo —replicó Sorin enlazando la cintura de su mujer—. El año que viene repetimos, pero, estaba vez sin amenazas a mis colmillos y a mis pelotas, por favor, mi mujer podría tener algo que decir al respecto.

La aludida lo miró de soslayo y replicó con total inocencia.

—¿Tú crees?

—No me cabe la menor duda, *ratoncita*, te gusta demasiado mi anatomía como...

Agda lo silenció con efectividad al ponerle la mano sobre la boca.

—Solo desea una *Feliz Navidad*, arconte, lo demás no necesitan escucharlo...

Los presentes se rieron abiertamente.

—Porque volvamos a reunirnos de nuevo el año que viene los mismos que estamos hoy aquí —declaró ahora su padre, alzando su copa y zanjando así la discusión—. *Feliz Navidad* a todos.

—¡*Feliz Navidad!*

Ionela sonrió feliz, agradecida de la familia que había encontrado durante ese año, una que la acompañaría en los venideros. Se volvió una vez más hacia su arconte, su esposo y rey, posó la mano sobre su rostro y susurró.

—*Feliz Navidad*, amor mío —le dijo—. Gracias por este regalo.

—*Feliz Navidad*, vida mía —contestó besándola en la frente—. *Feliz Navidad*.

FIN

[1] «Papá» en húngaro.

[2] Niña pequeña, “niñita” en Húngaro.

[3] Niño pequeño, “niñito” en Húngaro.

[4] «*Hermano mío*» en húngaro.